

UN

UNIVERSO

DE



HISTORIA

S

POPULAR

↑ Barrio
↑ Barrio

Un universo de historias

Taller de escritura: Un universo de historias.

Es un proyecto del Plan Municipal de Lectura y Escritura de la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín, en coedición con Universo Centro.

Administración Municipal

Aníbal Gaviria Correa, Alcalde de Medellín.

Alexandra Peláez, Vicealcaldesa de Educación, Cultura, Participación, Recreación y Deporte.

María del Rosario Escobar Pareja, Secretaria de Cultura Ciudadana.

Shirley Milena Zuluaga Cosme, Subsecretaria de Lectura, Bibliotecas y Patrimonio.

Universo Centro

Dirección: Juan Fernando Ospina.

Fotografías: Juan Fernando Ospina, Deisy Thokora.

Diseño y diagramación: Gretel Álvarez.

Corrección: Gloria Estrada. Crealettras.com

Talleristas:

Alfonso Buitrago Londoño. Doce de Octubre.

Anamaria Bedoya Builes. Santa Cruz.

Andrés Delgado. El Poblado.

David E. Guzmán. Guayabal.

Ilustradores: Alejandra Congote, Elizabeth Builes,

Hernán Franco, MaríaP Restrepo, Mónica Betancourt,

Titania Mejía, Tobías Arboleda, ZATÉLITE.

Asistencia general: Sandra Barrientos, Catalina Ortiz Giraldo.

proyectos@universocentro.com

Impreso en La Patria.

25.000 ejemplares.

Septiembre de 2015.

Medellín-Colombia

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido, sin autorización escrita de la Secretaría de Cultura Ciudadana del Municipio de Medellín. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de características de la publicación, que puedan crear confusión. El Municipio de Medellín dispone de marcas registradas, algunas citadas en la presente publicación con la debida autorización y protección legal.

© Alcaldía de Medellín, 2015

© Derechos reservados de los autores para textos e imágenes, 2015

Distribución gratuita.



UNIVERSOCENTRO



MEDELLÍN
LECTURA
VIVA



Alcaldía de Medellín



Medellín
todos por la vida

El escritor ruso León Tolstoi dijo: “Describe tu aldea y serás universal”. Es posible que lo haya afirmado porque la humanidad es muy parecida en el más profundo sentido. Somos víctimas de las mismas pasiones, del amor, del odio, de la amistad o del honor. Y por eso, las historias que se cuentan desde los tiempos de Homero hasta nuestros días hablan siempre de los mismos temas. La diferencia está en su tratamiento y no en el fondo. Una historia sobre el conflicto hogareño de la paternidad, ubicada en una tribu africana en las inclemencias del desierto, será tan cercana para un japonés como para un colombiano. Si describes tu aldea, con sus aprietos y acuerdos, con sus personajes y entornos, estarás contando de alguna manera la historia del mundo.

Ahora, nuestra intención no es así de ambiciosa: “ser universales”. La intención es más humilde, pero no menos intensa. Nuestro propósito es hacernos conscientes del entorno, de nuestras calles, de nuestros personajes, de nuestros peligros y seguridades. Nuestra intención es agudizar el olfato, el oído, el tacto, la vista, todos nuestros sentidos para apreciarnos más vivos. Alguien dijo que los talleres de escritura deberían llamarse “talleres de conciencia”, pero no los llamamos así para que no parezcan manuales de crecimiento personal. Pero en el fondo, un taller de escritura lo es. Y lo es porque luego de permanecer sumergidos en la lectura, o en la escritura, luego de quedar atrapados por un texto y volver a levantar la mirada a la vida cotidiana, ya no somos los mismos, volvemos al mundo de otra manera. Sea como fuere, peores o mejores, pero de otra manera. No seremos los mismos luego de leer o escribir.

En esa tarea de vivir con mayor conciencia el entorno y describir nuestra aldea, la Corporación Universo Centro y el Plan Municipal de Lectura de la Alcaldía de Medellín realizaron durante los meses de junio y julio el taller de escritura Un universo de historias.

En los seis años que llevamos publicando Universo Centro hemos descubierto que nuestro periódico es muy leído por jóvenes, incluso se ha convertido en material de estudio para los docentes pues el estilo de las narraciones logra atrapar a los muchachos. Poco a poco nuestras historias han ido acompañando a los clásicos de la literatura universal en las aulas de clase.

Inicialmente, el taller se ofreció para jóvenes entre los 14 y los 20 años, pero la insistencia y el gusto por la lectura y la escritura desbordaron los límites de la edad. Se abrieron espacios en los cuatro puntos cardinales de la ciudad: en la Biblioteca Santa Cruz, al nororiente; en el Parque Biblioteca Doce de Octubre, al noroccidente; en la Casa de la Cultura El Poblado, al suroriente; y en el Parque Biblioteca Manuel Mejía Vallejo, en Guayabal, al suroccidente.

El taller pretendió sensibilizar a los jóvenes frente a su entorno y sus propias experiencias: la familia, los amigos, el barrio, la ciudad, como puntos de partida para contar historias. Con ese propósito se leyeron crónicas y cuentos de autores nacionales e internacionales, se realizaron ejercicios de escritura y se compartió con invitados que interactuaron con los participantes.

Medellín no es una ciudad, es un camaleón. Las voces cromáticas de estos chicos lo demuestran. Medellín no es una ciudad, es un gallinazo despedazando historias en el río. Medellín no es un valle, es una guacamaya escandalosa y colorida, verde y azul, de barrios y calles polvorosas, de ventanas y tiendas descongeladas, de edificios y aventuras casuales y chicos buscando dónde poner sus ojos y su corazón.

Escribir no es solo poner letritas en un papel, escribir es dejar testimonio. En la presente separata publicamos una selección de relatos producto del taller, firmados por jóvenes que demuestran con este trabajo que la lectura y la escritura son parte de su cotidianidad. Aquí están sus testimonios.



Doce de Octubre

Los atardeceres en el Parque Biblioteca Doce de Octubre se tiñen de vida por dentro y por fuera. Ubicado en el corazón del barrio del mismo nombre, a los pies tutelares del cerro Picacho, desde el que se divisa el Valle de Aburrá, acoge en sus afueras a niños que juegan fútbol en sus canchas sintéticas, jóvenes que montan en patineta saltando por las escaleras de su entrada, parejas que se besan y abrazan en sus gradas; en el interior hay viejos leyendo el periódico, niños escuchando cuentos infantiles, grupos juveniles esperando sus clases de hip hop, madres comunitarias escuchando capacitaciones; y en un aula taller trece jóvenes que se inscribieron para participar en el taller Un universo de historias. Después de diez sesiones, terminaron seis. Los resistentes nos dejaron relatos sobre sus familiares, sus vecinos, sus descubrimientos después de una caminata sospechosa, una larga espera en una oficina de una entidad pública y un juego infantil con aves en cautiverio. Cinco de ellas fueron seleccionadas para hacer parte de esta separata. Cinco escritores que publican por primera vez y quieren entretenernos con su universo de historias.

Pedro Valencia Guerra
tiene 19 años y estudia Derecho. Le gusta leer a Borges, Cortázar o a Stephen King. "A una buena historia —dice— no le pueden faltar: risas, suspenso, pánico y cualquier emoción existente".



Mónica López Alzate
tiene 24 años y estudia Filosofía. Le gusta coquetearle a la música y le saca sonidos al timbal. Dice que una buena historia debe engañar al lector en algún momento.



Cristian Múnera Vélez
tiene 19 años y estudia Antropología. Al llegar a su casa en las tardes le gusta saludar gritando. Como en su casa se asustan fácil, entre aterrados y tranquilos, saben que Cristian llegó. "A una buena historia no le puede faltar el humor", dice.



Julieth Estefanía Román Muñoz
tiene 20 años y estudia Artes Visuales. Cuando llega a su casa busca cualquier cosa ácida para comer, pero al escondido para que no la regañen. Para ella una buena historia debe ser creíble aunque sea mentira.



Yolima Monsalve Carvajal
tiene 20 años y es bachiller con estudios universitarios en lengua castellana y escritura para productos audiovisuales. Cuando se levanta le gusta poner música, pintar mandalas y llenar los crucigramas y los sudokus de los periódicos. Piensa que a una buena historia no le puede faltar la sencillez.



Caminar puede ser peligroso

Por **Pedro Valencia Guerra**

Ilustración: **Hernán Franco**

A hí estaba yo, a los diez u once años, manejando mi bicicleta verde cerca de un precipicio, sin poder ver nada. ‘El Mono’, mi amigo por esos días, montado en unos improvisados tacos puestos en el eje de la llanta trasera, me tapaba los ojos con sus manos mientras dirigía el curso con dos simples palabras: derecha o izquierda. Lo lamentable era que a esa edad no sabíamos cuál era nuestra derecha o nuestra izquierda. Cuando él me decía “derecha”, yo tiraba para cualquier lado. Si El Mono veía que íbamos “pal hueco” rápidamente cambiaba de decisión y de tono de voz: “¡izquierda, izquierda, izquierda!”, me gritaba.

Todos le temíamos al hueco. Era una caída de cinco metros de profundidad que se extendía a lo largo de uno de los costados de la calle donde vivía, y que caía a las aceras de las casas de ese lado, cuyos segundos pisos o techos quedaban casi a ras de la calle. Yo seguía con rectitud las indicaciones de mi instructor. De repente, escuché un grito que me sacudió las orejas: “¡FRENE!” Y apreté las maniguetas con todas mis fuerzas.

El Mono se agarró de mis hombros. Al abrir los ojos alcancé a ver la llanta delantera de la bicicleta en el bordito de la calle, justo en el límite de lo que nos parecía un precipicio. Entonces sentí un empujón. Lo siguiente fue un vacío en el estómago y un golpe inesperado sobre mi costado izquierdo. El Mono, por el susto de verse a punto de caer al hueco, se tiró de los tacos hacia atrás (mientras me empujaba a mí hacia mi fatal destino) y cayó sentado en la calle.

Luego de que mi clavícula izquierda soldó, pues se partió a la mitad en aquel suceso, seguí con mi vida infantil. En la escuela y con mis amigos. El Mono, quien crecía a pasos agigantados, se me perdió de vista. La última vez que lo vi tenía los ojos rojos y un cigarrillo en la mano. Me pidió mil pesos y se los di. A raíz de la caída, mi papá me protegía más de lo que siempre lo había hecho, velaba por que no me faltara nada y estuviera cómodo y acompañado para que no me fuera a lastimar.

En el bachillerato me incliné por jugar tenis de mesa y de campo. A medida que los practicaba más me gustaban, pero como para alcanzar la pelota con la raqueta debía hacer inclinaciones me comenzó a doler la espalda, exactamente en la zona lumbosacra, donde terminan las vértebras lumbares y comienzan las nalgas. No le presté mucha atención. Pensé que era un dolor normal debido al esfuerzo, nada más. Un día, después de un partido de tenis de campo, saliendo de la cancha, caí al piso. Me quedé sin fuerzas para ponerme en pie y continuar la marcha. Mis compañeros corrieron al rescate, pero era inútil, los pies no me respondían, no tenía sensibilidad.

Entonces, como si el no sentir las piernas me hubiera despertado una parte de mi cerebro, recordé la caída al hueco, y volví a sentir ese vacío en el estómago y esas extrañas ganas de vomitar, como si otra vez me estuviera yendo por un precipicio; que no pudiese volver a caminar y me convirtiera en un incapacitado era lo que más temía.

Me llevaron al médico y para fortalecer nuevamente mis piernas tuve que modificar mi rutina. Cambié las raquetas por las bandas elásticas, las canchas por los centros de fortalecimiento muscular y de terapias, y los juegos de tenis por caminatas que iban desde la puerta de mi casa hasta el parque principal de Bello. A partir de ese momento, mi vida seguiría a paso lento y seguro, pero las consecuencias de haberme caído al hueco serían potencialmente más peligrosas.

En esas caminadas empecé a descubrir los rostros, las expresiones e incluso los estados de ánimo de las personas con las que me encontraba. Iban sonriendo, malhumoradas, preocupadas, absortas ante la no llegada de su ruta de bus, enojadas por la brutalidad de uno u otro conductor. Con el frío de la mañana, en un ambiente de tranquilidad y de un anhelado silencio para oírme a mí mismo, mi caminata se veía entorpecida por una señora que me parecía loca, mal vestida, despeinada, con uno que otro diente negro en su profunda boca rodeada por unos labios morados, siempre con un cigarrillo prendido en la mano derecha, y una expresión de “te deseo papacito”. Todos los días me saludaba sonriente.

—Amigo, ¿hoy sí me va a regalar doscientos pal cigarrillito o nada? —me decía.

Ningún día cambiaba ese saludo ni esa sonrisa, a pesar de mi negra respuesta de siempre.

—No, no tengo.

Ella se quedaba mirándome por detrás y yo aligeraba el paso pensando que se me tiraría encima y abusaría de mí. La espalda era el lugar más débil de mi cuerpo, y por ahí me entraron todos los miedos y prevenciones que sufriría después.

Soy fanático del tinto y a veces coincidía con algunas de las personas a las que veía diariamente en un caspete donde compraban ese delicioso líquido amargo y dulzón, que empegota las manos. Yo hacía caso omiso a mi política de no comer nada en la calle ya que podía estar contaminada de bacterias, pero me decía: ¡qué berraco tinto tan delicioso!

Una de esas personas a la que veía mucho, y que un día conocí en el caspete, fue a ‘El Peruano’. En la calle del frente de su casa tenía dos carros estacionados. Cada uno me parecía más viejo y feo que el otro. El Chevette blanco era el primero en recibir sus caricias todas las mañanas. Le abría el capó, le revisaba el carburador y luego intentaba prenderlo para irse en él, pero solo una vez lo vi tener éxito. El otro, un Renault 12 modelo 70, color azul y óxido, solo tenía una llanta. El Peruano es mecánico, uno de los mejores y más cotizados del barrio, pero cuando se le necesita primero hay que esperar a que prenda su Chevette para poder visitar a la clientela.

Luego de llevar por lo menos dos años haciendo mis caminatas, un día la loca que me pedía doscientos pesos para el cigarrillo cambió su respuesta.

—No, no tengo —le dije.

—Me voy a tener que ganar de alguna manera esos doscientos pesos, amigo —me dijo con una sensualidad enneguecedoramente fea.

La mañana anterior, el carro de mi papá no prendió. “Es una falla leve, quizás de la batería”, pensé. La Toyota Hilux color gris plata era la adoración de mi papá y, no lo negaré, la mía también. Me encantaba manejarla con él a mi lado, salir sin rumbo y pasear. Mi papá era el mejor compañero de viaje. Esa mañana me encomendó buscar a alguien que la revisara y solucionara el inconveniente.

—Claro, yo conozco a un mecánico. Además, eso no debe ser muy grave, yo hablo con El Peruano —le dije con seguridad y confianza.

Cuando pasé por su casa vi una cabeza con destellos blancos debajo del Chevette. No sé por qué imaginé, absurdamente, que ese vehículo se soltaba del gato en el que estaba montado y golpeaba sobre mi espalda, partiéndola en dos.

—Peruano, salga de ahí, cómo se mete debajo de ese carro, ¿no le da miedo?

—Miedo de qué, si eso no come ni brinca —me dijo mientras salía sonriendo.

Lo miré fijamente a sus ojos verdeazulados que me recordaron el mar de Capurganá, donde estuve con mi papá en una de nuestras salidas. Le solicité sus servicios y me dijo que regresara el día siguiente, muy temprano.

Así como le tenía respeto al tinto callejero, no solía comer en cualquier lado, pero aquel día me encontré con un puesto ambulante de comidas sobre la carrera 50 y me vi diabólicamente cautivado por un perro caliente, que más bien estaba frío, y un jugo de mora, que estaba tibio. El perrero tenía la compañía de un radio viejo sintonizado en una emisora de música romántica, lo que hizo que me quedara. Supuse que pagaría



un costo justo, de cinco o seis mil pesos por el servicio, pero me sentí extrañamente halagado y a la vez preocupado ante el cobro de tan solo mil pesos.

Sin duda alguna, ese fue un día totalmente extraño, irrepetible. Conocí que lo atractivo de la calle puede ser peligroso y que a uno le meten perro frío y dañino por perro caliente, que no todos los que toman tinto en un caspete son afortunados o ricos, pero tampoco pobres desventurados, y que la señora loca estaba, en efecto, loca.

Al día siguiente, al salir por la mañana a llevar el carro de mi papá donde El Peruano, la encontré con un traje típico de Hawái, falda larga, blusa, una tira con arepas colgada al cuello (aunque no sé si eso sea hawaiano) y una tiritita con flores alrededor de su cabeza. Nunca me esperé lo que iba a hacer: me bailó encima, cual perro en calor contra un poste, se restregó contra mi cuerpo mientras yo luchaba por zafarme, casi tengo que salir corriendo, todo por la ínfima cantidad de doscientos pesos que, al fin y al cabo, le di.

El Peruano arregló provisionalmente el carro de mi papá, cambió unos cables originales por unos que me juró eran originales también, pero ese mismo fin de semana tuve que conseguir un centro de servicios Toyota y pagar casi un millón quinientos mil pesos para reemplazar la batería que los cables quemaron. El perro de mil del día anterior me dio una diarrea y un daño estomacal que hasta el día de hoy recuerdo.

Aquella semana, mientras pensaba en todo esto, sentado frente a mi escritorio leyendo *Rayuela*, de Julio Cortázar, recordé con tristeza las palabras del doctor: “Por aquel accidente en bicicleta que causó una dilatación en los tejidos blandos de tu columna, nunca más podrás practicar ningún deporte, solo puedes caminar”.

¿Y saben? Ahora pienso que eso era más peligroso.

Un traspaso largo y sin palabras

Por **Mónica López Alzate**

Ilustración: **Elizabeth Builes**



Era la madrugada del sábado 21 de diciembre de 2013 y parecía que todavía no se acababa el viernes. Después de unas cervezas y de hacer una confesión de amor improvisada y escueta, replicada con un silencio también improvisado y escueto, regresé a mi casa a las cinco de la mañana para volver a salir una hora después. No dormí porque los cánones del traspaso señalan que si uno se duerme cuando es casi la hora de despertarse, no se levanta.

El Volkswagen de los años setenta de mi hermano mayor nos esperaba en la esquina de la casa. Nos íbamos de viaje dos tíos, mi abuelo, mi hermano y yo. Parecía una vuelta para hombres, pero solo porque las mujeres de la familia se rehusaron a ir. Ante la negativa general femenina, me ofrecí a viajar con ellos, porque consideré que el apoyo de una mujer en la diligencia que iban a realizar era necesario. Creí que mi tía, principal doliente en este asunto, y a

quien veríamos en cuanto llegáramos a nuestro destino, requeriría de un apoyo femenino, y yo, sin ser la más expresiva de todas, pensé que podría darlo.

Arribamos al cementerio del pueblo a las 8:50 de la mañana; la cita era a las nueve. Lo recuerdo bien porque la espera de diez minutos fue tan larga como mi traspaso. Cada uno de mis familiares caminaba a su ritmo de un lado para otro de la reja que separaba el mundo de los vivos del de los muertos. Mis tíos parecían ser los más tranquilos.

El mayor, por la concisión y rapidez de sus decisiones, se mostraba como un guía lacónico al que debíamos seguir. El otro, involucrado en menesteres religiosos, sabía bien cuál era el procedimiento adecuado para estas situaciones y por eso se limitó a orar. Mi hermano, destinado únicamente a conducir su preciado escarabajo, parecía sufrir dolencias estomacales de solo estar parado frente al cementerio. Y mi abuelo, que por su edad padecía de constantes ataques de impaciencia, no aguantaba el impulso de sus pies por ingresar.

Yo no esperaba a que fueran las nueve para entrar. Esperaba que los demás miembros de la familia que viven en el pueblo aparecieran para amortiguar la ansiedad entre todos. Justo a las nueve llegó mi tía, sola, desconcertada y apurada. Ella no era el tumulto de personas que esperaba para mitigar la zozobra, pero por ser la hija menor de mis bisabuelos, y haber obedecido el principio familiar del siglo pasado quedándose en la casa para cuidar de sus padres, cosa que hizo devotamente hasta la muerte de ambos, era la persona más importante para dar inicio al ritual.

El ataúd, que parecía tener el tamaño para un niño de doce años, se encontraba sobre la mesa del quirófano funerario del cementerio. Mi bisabuelo, que murió de 96 años después de una enfermedad, nunca antes había estado en un quirófano pero ahora estaba allí sin temor a perder su vida.

El sepulturero, cuya apariencia corpulenta y su delantal blanco de plástico obedecían más a las características de un carnicero, abrió el ataúd forzando un par de veces las bisagras oxidadas. En cada esfuerzo del sepulturero, la idea de que el cuerpo no se hubiera descompuesto totalmente o que algún animal apareciera junto a los restos tomaba más fuerza en mi mente. Por fortuna, no se dio ninguna de esas dos posibilidades. Solo estaban allí los restos de mi bisabuelo, finalizando el último contrato que tenía con los vivos: cinco años por el alquiler de una bóveda.

La descomposición del cuerpo nos revelaba un magro esqueleto. No había señal de carne o cartílago alguno. Los huesos, como el ataúd, también parecían pertenecer a un niño. A la hora de morir, el cuerpo de mi bisabuelo estaba tan encorvado que su metro setenta de estatura se había reducido considerablemente. En ese momento fui consciente, por primera vez, de la disminución de su tronco con respecto al tamaño de las otras partes del cuerpo.

El moho y la falta de calcio eran evidentes, al punto de que era factible pensar que la inhumación del cuerpo había sido en la tierra y no en una bóveda que el mismo sepulturero selló con cemento cinco años atrás.

El estado de su ropa, el habitual pantalón negro de paño y la camisa blanca de manga larga estrictamente abotonada de principio a fin, también habían padecido el paso del tiempo. El sepulturero separó de las astillas de madera y de los huesos color café la ropa hecha jirones.

El esqueleto también padeció un proceso de separación por parte del carnicero fúnebre. Con un hacha pequeña y unos cuantos golpes sobre las articulaciones de las extremidades, como si se tratara de un pollo asado, minimizó

aún más el tamaño de los restos. Tras el procedimiento y la aparente indolencia del señor, las lágrimas nos asistieron. Unos llorábamos en menor grado que otros. Mi tía lloraba con las mismas lamentaciones y el mismo desconuelo que tuvo cinco años atrás. Mi tío, el guía lacónico, y mi abuelo estaban impenetrables. Un primo, que se había sumado al grupo que observaba la exhumación, y yo lagrimeábamos. Sin embargo, todas las lágrimas señalaban lo mismo: los cinco años de duelo en los que nos debimos acostumbrar a que el ser querido no estaba, no habían servido para nada. Yo, que estaba sorprendida por el procedimiento y por la crudeza con la que el sepulturero hacía su trabajo, olvidé que en ese preciso momento debía brindar apoyo a mi tía; así que ella lloró sola, sin nadie que la abrazara, aun cuando en el ritual había tres familiares más.

Nos entregaron los restos en una bolsa negra de basura, como si se tratara de escombros que hay que tirar donde no estorben. *Nostra culpa*, por no llevar un recipiente que mostrara una mayor sensibilidad o decoro.

El siguiente paso, dado que el cementerio del pueblo no tenía horno crematorio y, por ende, no hacía parte de una tradición que probablemente empezó con la muerte de Patroclo, narrada por Homero en *La odisea*, y que se intensificó en la mitad del siglo pasado con el holocausto nazi, fue traer los restos a Medellín para cumplir con la cremación correspondiente.

Esa actividad ambigua de cremar un cuerpo, ya sea por un castigo impuesto a la herejía de alguien, como se hacía en la Edad Media, o porque la bondad de Dios será capaz de resucitar a los cuerpos de la cenizas al final de los tiempos, dura alrededor de dos horas y media. Tal tiempo incluye la cremación, la molienda de aquellas partes que no alcanzaron a pulverizarse y la entrega de las cenizas en una urna.

La espera de la cremación de los restos funcionó como otro velorio: más familiares se sumaron a los ya presentes, y el tinto y las conversaciones en pequeños grupos fueron los llamados a hacer de la cremación una reunión social. Mi traspaso e incertidumbre emocional le daban el toque amanecido a la espera y me producían esa sensación de que estaba en un viernes sin fin. La grata diferencia respecto a un velorio tradicional, fue que no hubo llanto y su duración se redujo a dos horas y media, lo que en el primer velorio de mi bisabuelo fue un día y medio.

El sábado 21 de diciembre de 2013, a las cuatro de la tarde, se acabó mi viernes. Recordé el silencio escueto con el que horas antes me habían contestado a una confesión de amor. El trajín del día me había evitado pensar en si su actitud debió ser de otra manera. Yo, que hacía tiempo no confesaba algo sentimental, había olvidado que después de una confesión semejante debí haber explicado la intención de mis pocas palabras. Mi torpeza emocional no pudo escoger mejor día para hacerse presente: no cumplí con mi función de apoyar a mi tía en la exhumación de los restos de mi bisabuelo y mucho menos dije lo que implicaba un simple “me gustas”.

Ese día, mientras atravesábamos toda la ciudad de sur a norte, mi bisabuelo, o sus restos con forma de niño, hizo su última visita a Medellín. El camino que recorría en los años cuarenta desde su pueblo a la ciudad, a pie, esta vez lo hizo en el carro viejo de su bisnieto.

El lunes 23 de diciembre regresamos al pueblo para asistir al segundo entierro de mi bisabuelo. Sus cenizas por fin acompañarían a las de mi bisabuela en la cripta de la iglesia principal. En esa ocasión no hubo llanto, ni tanta gente, y el sepulturero no selló con cemento la bóveda.

La cagada del Icetex

Por Cristian Múnera Vélez

Ilustración: ZATÉLITE

Hace casi cincuenta años que el hotel Europa y el teatro Junín, ubicados sobre la avenida La Playa con la carrera Junín, en el centro de Medellín, fueron demolidos por individuos con acceso a picos, palas, juguetes chinos y maquinaria pesada con los que roer un agujero lo suficientemente grande como para albergar los cimientos del que sería el majestuoso edificio Coltejer; un tributo simbólico, en forma de aguja, a lo grande, monumental, productivo y prestigioso, y, ante todo, al exacerbado ego paisa que, durante décadas, vestido de cachaco, con voz de patrón bribón, impulsó la poderosa y boyante maquinaria textil del gremio local de los tejidos.

Aunque soy joven y nada tengo que ver con planeación, sea urbana o no, y tampoco conocí el teatro ni el hotel, pensar en el mencionado acontecimiento me revuelca el *gastro* como si de una aguda indigestión se tratase, sobre todo, cuando por un error de planeación mía me encontraba dentro del infame piso diez de esa aguja enhebrada en el suelo, durante temporada de matrículas, con ganas de cagar y atado a una silla por un ficho que de manera autoritaria me indicaba cuándo la formal señorita de la taquilla iba a estar disponible para atender los clamores, las quejas, las súplicas y los reclamos respecto al servicio que me ofrecía su empleador, el Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios en el Exterior (Icetex).

Todo comenzó año y medio atrás o, en tiempo de académico respetable, hace tres semestres universitarios. Con esas ganas de estudiar que tenía, tan características de un bachiller promedio, fácilmente confundibles con física hambre; el desespero por ser alguien en la vida; y los anhelos fervientes de un futuro económicamente rentable; quería estudiar una carrera de altura y nombre raro en una entidad educativa donde el altruismo y las caridades cristianas —insinuadas en su nombre y por sus benefactores— no alcanzaban a contemplar las insensibles cifras liquidadas en la factura de matrícula.

Como buen pobre, ajeno a las oportunidades que otorga la tenencia de capital financiero; pecando de arribismo; ignorando los certeros consejos familiares de mesura, así como tener cabeza fría; confiado en que lograría pagar la obligación de un préstamo con el regio sueldo de un ingeniero; y dejando en evidencia que poco o nada aprendí en el colegio con las clases de emprendimiento, cuya consigna de “generar en lugar de esquilmarse” ignoré; me dio por meterme con el Icetex.

Quizá, con todo y deuda, una pizca de sacrificio y alquilo de dedicación, la arriesgada empresa hubiese salido de maravilla, si no fuese porque tiempo después, de forma intempestiva, me cambié de carrera.

Ese día estaba en ese lugar porque ya no quería “ser alguien” y se me había pasado lo de arribista. En visitas anteriores, como beneficiario del Icetex, había comprobado esa lógica usurera y mezquina que un día hace ya casi

cinco décadas puso ese edificio ahí, y ahora quería “dar por terminada” mi relación con la entidad. Fui a que me cobraran.

Llegué muy preocupado a la máquina expendedora de fichos, custodiada por un guachimán bonachón y bien parecido. En su uniforme siempre podía encontrar similitudes con el color del mobiliario de la oficina: azul bancario. Por la afluencia de público no esperaba mucha misericordia en cuanto a la misteriosa denominación del pedazo de papel que iba a escupir la máquina, la cual facilitaría o complicaría mi salida de ese piso en donde deudores y acreedores rinden desprecio e idolatría, respectivamente, a las transgresiones económicas sin purgar. Apreté el botón rojo, ya que solo rojo puede ser un botón que desate tanta maldad, y... ¡sorpresa!, media hora después y aún estaba separado por veinticinco turnos de la salida.

Durante la espera, de unos 45 minutos, había logrado leer un buen pedazo de una copia barata de *Viaje a pie* que por fortuna había empacado en un bolso que llevaba. Mientras el viejo Fernando y su buen amigo don Benjamín trataban de ahuyentar esas ideas generales que los acosaban sin misericordia, y que nos han hecho pasar por encima de lo que sea: patrimonio, cultura, contemplación, familia, consejos; que nos hacen endeudar y hacer “sacrificios” para dejar de ser nosotros mismos; tan comunes en la educación colombiana; paré de leer, pues me fue inevitable, aún no sé por qué, pensar en la burocracia. Di una mirada periférica al lugar: padres, madres, bachilleres y universitarios, incluyéndome, que esperábamos nuestro turno con caras largas, dolorosas y compungidas, y no pude evitar reír. De entrada estábamos todos cagados.

Justo entonces sentí un malestar que afectaba de manera devastadora la parte baja de mi vientre y que arrasó con la única sonrisa pura que había logrado gestar esa tarde. Ya más serio, luego de un discreto tanteo de la zona afectada, no me fue difícil realizar la afirmación más acertada del día: tenía ganas de cagar.

A la brevedad suspendí la lectura del librito y me dije para mis adentros que requería tomar cartas en el asunto con premura, pues me urgía un excusado. Faltaban aún veintitrés turnos para ser atendido. Me hice con mi equipaje y ante los espasmos no dudé en pararme del asiento de la manera más diligente para buscar la asesoría del guachimán, quien ante mi pregunta acerca de la ubicación del baño público no tuvo más remedio que revelarme la funesta realidad: “Acá no hay baños públicos, le toca bajar”.

Como un golpe seco en las turmas recibí su respuesta y muy indignado, mientras jadeaba rumbo al ascensor que me sacaría de aquel horrendo lugar, pensé que solo a un ejecutivo paisa y a su séquito de la solvencia se les ocurría privatizar baños a más de veinte metros de altura, reservando así esas letrinas tan cercanas al cielo para sus culos que seguramente no tienen nada de terrenales.



Una vez con los pies en suelo firme, y caminando sobre el adoquín grisáceo enchapado en chicles de la peatonalizada carrera Junín, me dirigí al pasaje comercial Unión Plaza. Como este, a mi parecer, todos los centros comerciales son lugares desalmados carentes de atractivo alguno; sin embargo, aunque carecen de alma, tienen entrañas con baños públicos. Una vez adentro, luego de ser guiado también por un guachimán, logré llegar de manera casi milagrosa a los que se encontraban a un costado de la plazoleta de comidas.

No me sorprendí al notar la presencia de una recaudadora que, de manera ruin y casi inhumana, exigía aranceles a cambio del derecho de poder usar el baño. Luego de cancelar mil pesos, la señora me entregó una pequeña caja de cartón en la que se suponía había papel suficiente para abarcar una cagada promedio; seguramente ella no sabía a qué se debía mi presencia en aquel lugar, pero mis ademanes de preocupación y desgarramiento tan obvios se lo advirtieron. Una vez salvado el peaje, ya en el baño, como el cubículo del rincón tan predilecto por mis resabios estaba ocupado, decidí desembarazarme de la carga que tanto me había agobiado en el inodoro del centro.

Con mucha delicadeza y toda la solemnidad del caso me dispuse a defecar teniendo sumo cuidado de no perturbar con sonidos estruendosos a los demás habitantes temporales de ese recinto público. Como los olores

se me salen de las manos, ya que poseen rebeldía subversiva, no tuve otra opción que encomendarme a los estamentos celestiales implorando por su contención. Siempre me ha parecido cínica la manera en la que al ciudadano promedio le sorprende, incomoda o causa repugnancia un oficio tan natural como la misma muerte; no obstante, como mi madre me ha inculcado la compasión, orar en baños pidiendo apaciguar las consecuencias de la naturaleza se me ha vuelto costumbre.

Luego de diez minutos pujando y lagrimeando, pude culminar tan intempestiva tarea. Me subí la ropa interior, puse el jean en su lugar lo mejor que pude, y salí muy gallardo del cubículo, no sin antes vaciar dos veces. Maté las bacterias remanentes en mis manos con jabón antibacterial olor a fresas silvestres y nuevamente me dirigí por el mismo camino al edificio Coltejer.

De vuelta allí, en el piso diez, de nuevo en la oficina, alegre descubrí que aún faltaban diez turnos para ser atendido. Pleno por la proeza lograda, me instalé y volví a leer distrayéndome a tal punto del contador de turnos que para cuando creí ser llamado al confesionario descubrí aterrado que me había pasado por un puesto. Por el error cometido, no sería atendido hasta que tomase otro ficho. Contrario a lo que creía, parecía que librarme del Icetex no iba a ser tan sencillo, y eso que aún ignoraba que les debía el alma, o quince palos por así decirlo, qué cagada.

Un hecho sin confirmar

Por Julieth Estefanía Román Muñoz

Ilustración: Mónica Betancourt

Es que... vea señor policía, espere yo me acuerdo cómo fue que comenzó la cosa. Fue cuando la ventana de mi alcoba se quedó abierta una tarde. En el escritorio, junto a los cuadernos, había dejado medio vaso del jugo de guayaba del almuerzo de ese día, entonces eso creo que fue lo que atrajo a un pequeño pájaro amarillo, lo observé de cerca mientras se arrimaba al vaso y tomaba de él, pero ya sabrá usted, señor policía, cómo son estos animalitos, pues, que son tímidos y ese pequeño pájaro al notar mi presencia salió volando rápidamente de allí. Yo quería detenerlo, es que era tan bonito, usted se lo podrá imaginar. Al día siguiente hice lo mismo, dejé un vaso con algo de jugo de mora, recuerdo que era de mora, y me aseguré de que la ventana por ninguna razón se fuera a cerrar y esperé, pero ese día no llegó, así que intenté al día siguiente que para entonces el jugo era de mango y de nuevo esperé hasta que finalmente apareció, no sé si fue el mismo pájaro, pero era uno amarillo, que atrajo otro igual o yo no sé, pero no cabía de la felicidad porque cada vez que tomaban del vaso como que se ponían alegres y comenzaban a cantar, usted entiende, ¿cierto? Aunque los observaba escondido junto a la cama, para que no se fueran a ir, pensé que sería bueno tener al menos uno, porque no quería que se fueran, pero mi mamá, que ya no recuerdo para qué, tocó la puerta de la alcoba y las dos aves salieron volando. A pesar de la rabia que me dio y de la impotencia de no poderlos detener, entendí que si quería volverlos a ver tenía que asegurarme no solo de dejar un poco de jugo y esconderme, sino también de no hacer ruido. Así pasó creo que una semana, y cada vez más pájaros llegaban a mi alcoba, no tengo ni idea de dónde salían, pero me entusiasmaba que llegara la hora del almuerzo porque sabía que se aproximaba el momento en el que estas pequeñas y amarillas aves entraban por la ventana y ya con confianza iban ocupando mi habitación, era ver cómo cada día aparecían en busca del jugo, y como siempre, yo ahí debajo de la cama, en silencio, viendo el espectáculo que se formaba, ya que a esa hora del día el sol se proyectaba en una de las paredes y como las aves eran tantas y volaban en todas las direcciones generaban siluetas, era como en el cine. Hasta que un día no me bastó con que llegaran, y volvió el pensamiento de querer quedármelas, es que quería que vivieran con nosotros, quería por lo menos una para mí, y tenerla siempre en mi habitación. Así que pensé en instalar un dispositivo que había visto en una de las caricaturas que veo con mi hermana menor, se trataba de amarrar una cuerda de la manija de la ventana y así, al estar abierta, podía jalar de la cuerda y cerrarla cuando quisiera sin necesidad de desplazarme, y al fin quedarme con las aves. No estaba seguro de que realmente se pudiera hacer, por eso le pregunté a mi profesora de quinto grado, quien me aclaró el asunto afirmando



que mi experimento funcionaría, claro que a ella le dije que era para cerrarla justo antes de dormirme para no tener que pararme de la cama cuando ya tuviera sueño. Cuando tuve listo el dispositivo, quise probarlo, pero llovió mucho ese día, aun así, en la tarde, tres o cuatro pájaros llegaron y vi que mi experimento funcionaba, también me di cuenta de que mi casa, como dicen las personas que nos visitan cuando mi papá los invita a ver algún partido de fútbol, cuando cumplimos años o en Navidad: ‘Es un apartamento pequeño’, ‘pero muy queridita la casita’, ‘tan acogedorcita la casa’, y en ese momento noté que mi habitación, al igual que toda la casa, sí lo era, era pequeña porque parecía que las aves, mis cuadernos y juguetes, además con la cama y el armario, no cabían, no había suficiente espacio para todo. En la noche, las aves continuaban en la alcoba y mientras estábamos en el comedor cenando recordé que los pájaros debían comer, así que al llevar mi plato a la cocina aproveché que había visita para que mis padres no pusieran cuidado en dónde estaba yo, así pude esconder en mi overol un banano y, de paso, sin levantar sospecha, me llevé también un vaso de leche a mi habitación porque supuse que les daría sed. Al entrar, noté que las aves estaban cansadas porque habían pasado todo el rato tratando de salir por la ventana que permanecía cerrada, por eso decidí taponarla con una chaqueta para que no la vieran y comencé a alimentarlas, lo que fue positivo porque el ánimo les cambió y comenzaron a cantar, hasta que noté que ya la visita se había ido porque había silencio y era hora de dormir, por suerte mis padres no entraron para desearme las buenas noches, sino que me lo dijeron casi gritando desde la habitación de ellos. Los cantos de los pájaros se escuchaban más duro y yo no quería callarlos, entonces lograron llamar la atención de mi hermana menor, que trataba de dormir en la habitación contigua. Entró y los vio, creí que su reacción sería llamar a mis padres y que ese era el fin, pero por fortuna se contentó y se aseguró de que nuestro perro no entrara a la habitación para que no les hiciera daño, y hasta me ayudó a crear un nido improvisado en una caja de cartón y con algunos de sus peluches, así todos dormimos tranquilos. En la mañana, alimentamos con pan a los que habían amanecido en la casa y les dimos yogur, porque no había jugo, además los guardamos en la alcoba de mi hermana. En la tarde, aprovechando que una de las amigas de mi mamá que es peluquera había llegado para cortarle el pelo, y con la ayuda

de mi hermana, pude seguir en mi intento por capturar más pájaros; entonces llegaron tantos que tuvimos que utilizar los cajones de la mesita de noche, el armario, el baúl donde guardo mi colección de carritos armables y la mochila que llevo a la escuela para que ninguno se nos fuera a escapar. Y es que de la emoción no notamos que eran muchos y que generaban tanto ruido que alguien podía descubrirnos, porque no solo eran las aves las que hacían ruido, sino que nuestro perro les ladraba así no las viera, y eso hizo que el señor del segundo piso, el mismo que le ha incomodado nuestra presencia desde que nos pasamos a vivir acá, que sube a nuestra casa a poner quejas y hace reclamos a mis papás porque mi hermana y yo montamos en patines y les dice que eso en su casa ‘se escucha muy maluco’, o como la vez en que desde mi habitación se nos fue la pelota a su patio y la devolvió después de una semana. Es que por la ventana de mi alcoba no solo se ve su patio, sino que se escucha todo lo que ocurre en su casa y a la vez él escucha lo que pasa en la nuestra, de hecho en los tres pisos se escucha lo que ocurre en todas las casas del edificio. Pero él no tiene hijos y trabaja escribiendo para un periódico, por eso dice mi papá que le gusta el silencio. Mi hermana y yo lo vemos cuando arma una carpa en el patio porque cuando pelea con su esposa lo manda a dormir allí, y él comienza a escribir en su computador portátil, y esa tarde la carpa estaba armada, entonces pudo notar la presencia de las aves, por eso sé que fue él quien los llamó a ustedes”.

Los policías sabían que la llamada la había realizado la señora del primer piso, por eso dudaron de la versión del niño, pero decidieron entrar a la vivienda para liberar a las aves. Una vez adentro, el perro les ladró y notaron que la otra menor implicada en los hechos se encontraba en la sala acompañada de la peluquera, lo que confirmaba la versión del niño. Buscaron en las habitaciones, escudando cajones, armarios y cuanta cosa se les cruzó en el camino o donde sospechaban que podían estar escondidos los pájaros, incluso buscaron en la cocina y el baño, pero no encontraron nada, por eso tuvieron que irse pidiéndole disculpas al niño, no sin antes reprenderlo por haberlos hecho perder el tiempo con semejante historia.

Cuando se marcharon, su hermanita lo llamó disimuladamente y susurró con una sonrisa en el rostro: “Hice lo que me pediste. Dejé que se fueran volando por la ventana, mañana intentamos coger al menos uno”.

Castigados por un minuto

Por Yolima Monsalve Carvajal

Ilustración: ZATÉLITE

Una noche, a mitad de semana, cuando todo el mundo se acuesta temprano porque no hay nada que celebrar, mis amigos Danny, Carlos, Natalia y yo nos reunimos en una de las esquinas del barrio, en el límite entre La Maruchenga y París, a tomar vino, escuchar música, hablar y relajarnos en la acera de la panadería, sobre todo a relajarnos, porque cuando uno es adolescente solo quiere distraerse de situaciones que le susciten cualquier tipo de tensión, aunque paradójicamente, resulte inevitable eludirlas.

—¡Tanta soledad la de París! —dice Danny que está sentado en el rincón de la acera.

—París a estas horas es como la Kelly a diario —agrega Carlos refiriéndose a mí mientras se levanta de la acera con una garrafa de vino en la mano.

—Ningún “la Kelly a diario” —digo yo siguiendo a Carlos con la mirada—. Una no sabe qué peligro esconde tanta soledad visible.

Carlos se pone frente a nosotros, dispuesto a servirnos un trago de vino en un vaso plástico.

—Sí o qué, parece. Más con esos pirobos de allá abajo —agrega Natalia.

—¡Qué miedo marica! Uno que no es de por acá —remata Danny, preocupado.

—Ay güeva, relájese que por acá no pasa nada. Es más, pa que no se agobie, yo invito a que amanezcamos todos en mi casa. Así no se va solo —le dice Carlos a Danny para tranquilizarlo.

—¿Y adónde vamos a dormir? ¿En el camarote, la doble-cama o la matrimonial? —le digo a Carlos en modo sarcástico.

—Este man como es, ¡nos pone a dormir con el perro! —comenta Natalia mientras juguetea con una sombrilla que tiene al lado.

—Por mí que duerman todas con el perro, en el suelo o en ese catre que tiene Carlos por cama, ¡con tal de que me dé a mí la habitación principal! —dice Danny en broma.

—No, sí, la de huéspedes es la que le voy a dar marica... ¡Mentiras que ahí miramos cómo nos acomodamos! ¡Vamos a caber en el cielo! —concluye Carlos y se sienta.

Entretanto, notamos la diferencia de precios que hay en los carteles de minutos a celular, colgados en el muro de la panadería, la reja de la zapatería y el poste de un café internet, negocios ubicados en la esquina del cruce de la calle 21A entre las carreras 69 y 70. Entonces se nos ocurre la gran idea de intercambiarlos.

Como el cartel de la panadería está muy alto, Natalia le hace patagallina a Danny, que es el más flaco del grupo. El de la zapatería lo quito yo, breve. Pero el del café internet está más amarrado que trasteo de pobre, por lo que toca echarle una mano a Carlos.

Mientras el desamarre, a mí me parece escuchar un silbido que viene de más abajo y también gritos que suenan como “¡ey, ey!”, pero no creo que sea con nosotros, entonces sigo en nuestro cuento. ¡Listo! ¡A cambiarlos! El del

café internet va pa la panadería, el de la panadería pa la zapatería y el de la zapatería pal café internet. ¡Bien!

Logrado el objetivo, volvemos muertos de la risa a nuestro puesto en la acera, nos servimos nuevamente de a vaso de vino, ponemos *El baile de los que sobran* en un bafle pequeño que carga Natalia y seguimos en plan relajado porque la noche es joven y nosotros también.

Minutos después, una moto con dos tipos raros pasa frente a nosotros. Los tipos miran curiosos el lugar en el que estamos, como buscando algo. Nadie dice nada hasta que yo empiezo a notar que no dejan de darnos vuelta.

—Oíste, ¿estos qué? —le digo a Natalia.

—¿Cierto?, meros visajosos —me responde sin dejar de mirarlos.

Los tipos como que escuchan, porque paran y uno de ellos pregunta:

—¿Ustedes vieron a los que se estaban robando los carteles?

A mí se me baja todo y sin pensarlo de a mucho, le respondo con voz temblorosa:

—No, nosotros no hemos visto a nadie.

—Cómo que no, si hace nada estaban ahí... ¡tuvieron que verlos!

En esas cae una recua de tipos más, ya no en moto sino a pie.

—Que ellos no vieron a los que se robaron los carteles —les anuncia el que había preguntado antes.

A ninguno de nosotros, puede ser por falta de iniciativa o por susto, se nos ocurre enseñarles los carteles que están visibles en cada negocio; ellos no parecen percatarse tampoco.

—Cuál que no, si fueron ellos, yo vi a esta malparida —dice uno de los que llegaron a pie.

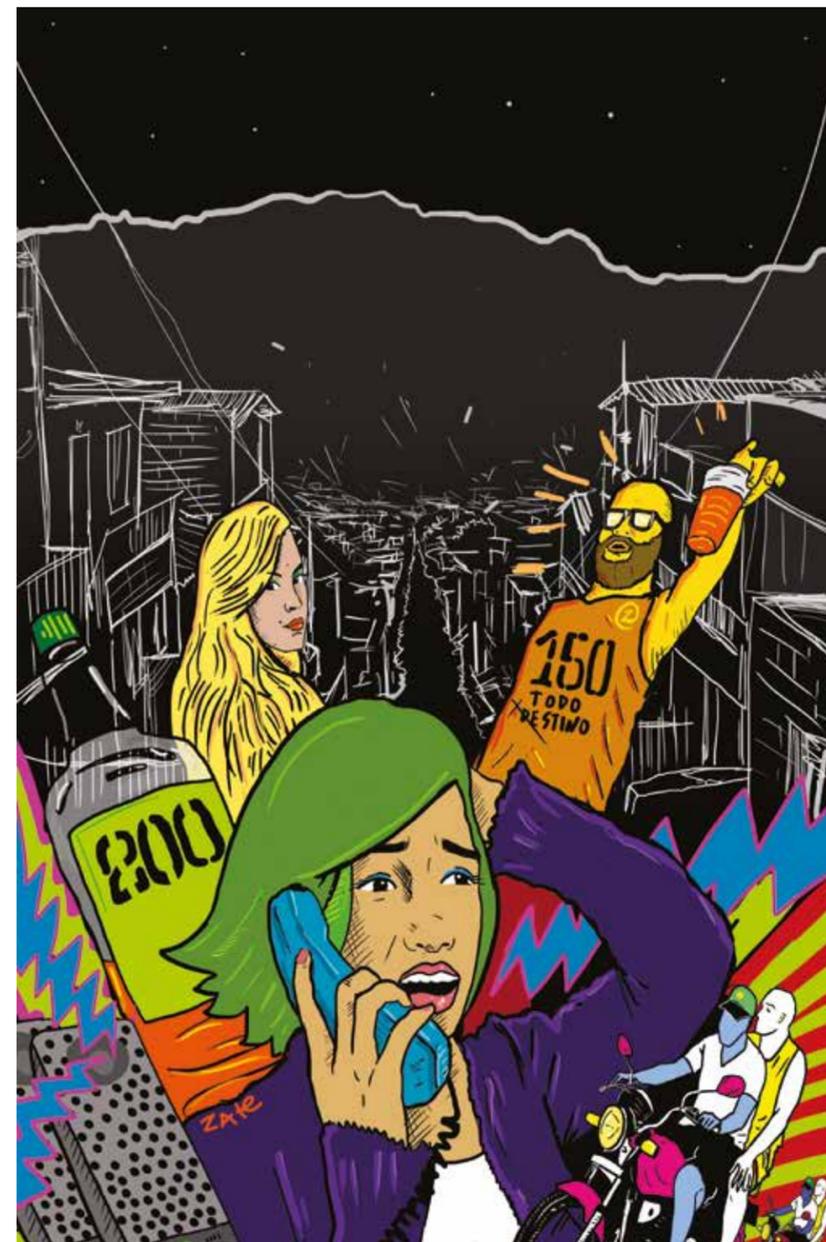
No comprendo si se está refiriendo a Natalia o a mí, pero por su cara, prefiero no preguntarle. En lo que me parecen minutos de silencio, recuerdo varios sucesos de los que alguna vez llegué a ser testigo.

El primero de ellos sucedió un día en que un duro traía arriada a una pelada desde no sé dónde mientras le gritaba muy fuerte: “¡Esta vez sí se los vamos a mochar pa que aprenda!”, y ella que no, que por favor los dedos no, que ella no lo volvía a hacer o que no lo había hecho —no recuerdo muy bien—. El caso es que en vez de eso, la pararon como monumento de museo en medio de la calle principal, amarrada de manos con cabuyas y par letreros encintados adelante y atrás de su torso que decían por un lado: “Soy ladrona” y por el otro algo como: “Me gusta robar plata y juguetes en las casas ajenas”. Un chorrero de lágrimas se veía caer vergonzoso por su rostro. La gente, reunida a su alrededor, la miraba, cuchicheaba, hacía caras y hasta se reía, pero nadie reprochaba ese cuadro que a mí, la verdad, me producía un poco de pena.

Otro fue cuando a un grupito de peludos, que no superaban los doce o trece años, les dio por meterse al supermercado La Estrella a robarse dizque unas gominas; pero para su mala suerte, salieron estrellados de allá porque

una cámara los delató y cayeron en manos de esta misma organización de muchachos que, de castigo, los raparon.

Pero eso no es nada, el hermano de Natalia, a quien cogieron dizque por robarse unos *play station*, que él niega haberse robado, me había contado que durante la pela que le propinaron a mano limpia y con mangueras y palos, un pirobo de estos le puso un revólver en la frente y, en ese momento, que creyó el de su muerte, se le pasó la vida por la cabeza.



¿Qué castigo nos aplicarán a nosotros? Ese es el miedo que siento ahora. Con esos agravantes en mi memoria, no puedo permitirme aceptar delante de ellos la falta recién cometida. No, definitivamente no. Necesito una salida inmediata.

Así es que, en medio de una discusión en la que ellos insisten en saber dónde “escondimos” los carteles y nosotros nos sostenemos en una rotunda negación del hecho, empieza a llover y escucho a uno de ellos decir: “¡Pa la casa maricones!”, y esas palabras me las tomo como la bendición del padre al final de una misa aburrida.

Toda la paz de este mundo se me mete en el cuerpo y, olvidando el plan de amanecida, carteles, insultos, todo... mis pies avanzan como autómatas hacia mi casa, que queda a media cuadra de la esquina. Pero justo antes de subir las escalas que dan a la puerta, pienso en mis amigos y me devuelvo un poco. Entonces veo cómo les dan de a patada a los hombres y a Natalia, que sostiene la sombrilla abierta en sus manos, uno de los tipos —el pirobo que le puso el arma en la frente a su hermano— le dice chasqueando los dedos:

—Hágale pues maricona, ¡pa la casa!

—Oiga este, yo veré —le responde ella.

Y este tipo sin mente le manda un puñetazo a la sombrilla y se la daña. Me asusto y me digo algo como “¡peor todos que ellos tres!”, y entro en mi casa llena de nervios por ignorar la suerte de mis queridos amigos.

Mi mamá se despierta y empieza a llenarme de puras preguntas incómodas. Yo, aterrada, me pongo el dedo en la boca para indicarle que haga silencio. Necesito escuchar lo que está pasando allá afuera. Pero solo una secuencia de arrítmicos pasos alcanza a llegarme al oído.

—Kelly, ¿qué pasó?, ¿usted en qué se metió? —me pregunta mi mamá muy asustada.

Eso aumenta más mi congoja. En medio de tanta incertidumbre, cojo el teléfono y empiezo a marcar a la casa de Carlos. Me contesta una voz susurrante.

—¿Aló? —dice Carlos.

—¡Quiubo!... ¿qué pasó? —digo yo también con susurros.

—Nada... ya estamos acá... ¿usted qué se hizo?

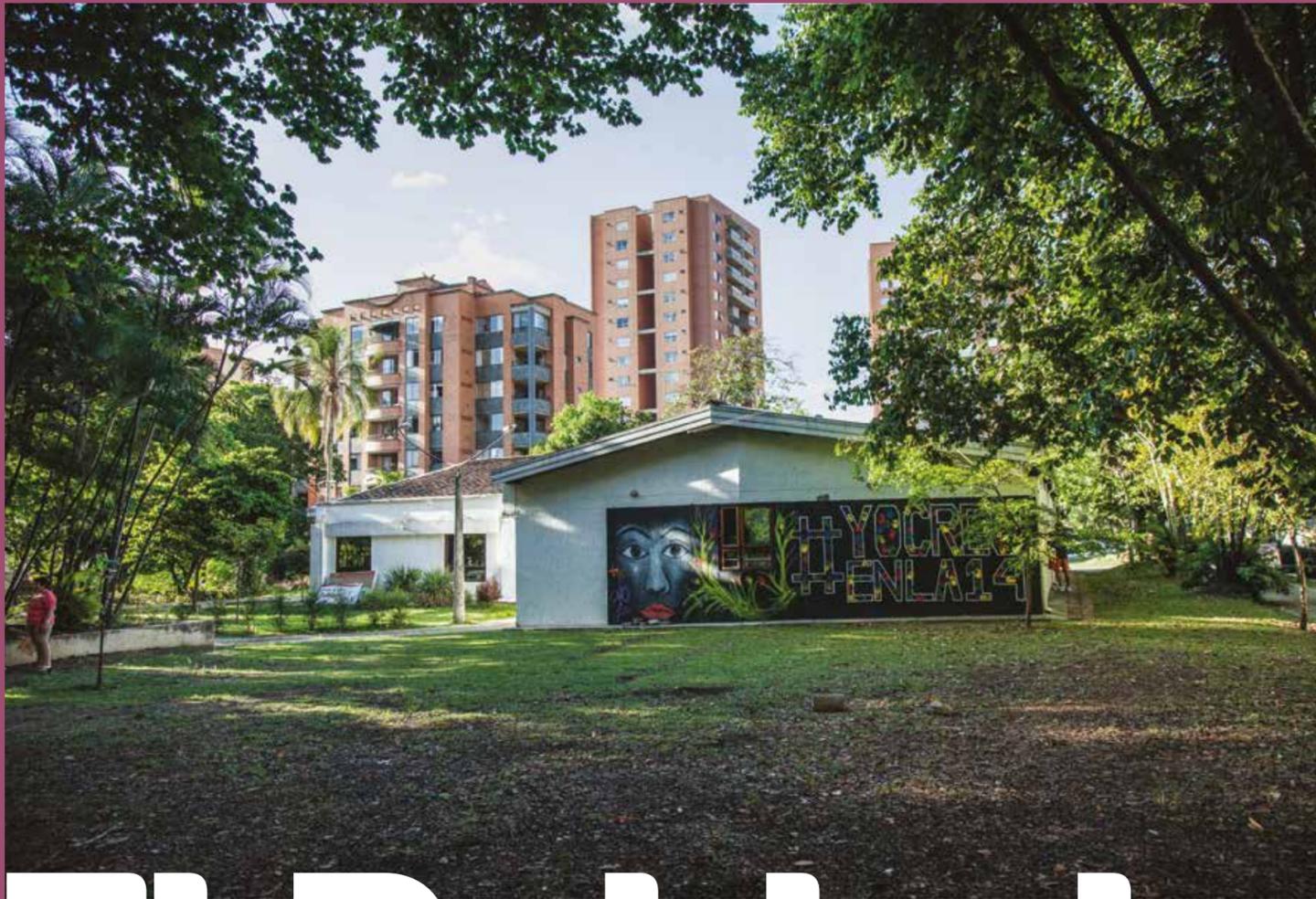
—¡Parcel, yo me vine para mi casa, ¡ellos dijeron!

—¡Marica!... ¡nosotros creímos que le había pasado algo!

—¡Y yo que les había pasado algo a ustedes!

De repente, la línea se corta y Carlos ya no vuelve a contestar. Al rato, unos golpes fuertes y acelerados suenan en la puerta de mi casa: ¡tas tas tas! Mi mamá entra en tensión, yo me alarmo como nunca antes en la vida, suelto el teléfono, no sé de dónde cogerme, busco escapatória o cualquier escondite, pero no encuentro ninguno, me siento literalmente atrapada. Respiro hondo y avanzo hacia la puerta muy lentamente... en suspenso... pongo mi mano en la chapa y, con el corazón casi afuera, abro...

Es la hermana de Natalia que viene a preguntar por ella. Me dan ganas de abrazarla y estrellarle la puerta en la cara al mismo tiempo. Pero muy, muy adentro, agradezco esa sorpresa.



El Poblado

Durante la última clase, y haciendo la evaluación, una chica levantó la mano. Dijo que el curso tenía muchas cosas por mejorar.

—No me gustó —dijo—, que en las crónicas no se pueda escribir, digamos: “Valeria es una vanidosa”.

Tampoco le gustó que yo le podara las reflexiones escritas:

—Cómo así, profe, que yo no puedo decir “mi barrio es una caspa”.

Tampoco le gustó cuando dije que “lo más importante en una crónica es el inicio y el final, el resto se rellena como dios le ayude”.

La chica pensó que me estaba regañando. En realidad me ofreció un ramo de flores porque resumió importantes trucos narrativos que se trabajaron en el taller de escritura de la Casa de la Cultura de El Poblado.

En los perfiles, los personajes se caracterizan con acciones, no con calificaciones. Hay que mostrar y no decir.

La frase: “Mi barrio es una caspa” no dice nada. Las reflexiones hay que dramatizarlas porque de lo contrario, no se te meten en la sangre. Otro ingrediente que no puede faltarle a una crónica, aparte de un buen inicio y un buen final, es el humor. Para que algo permanezca grabado en el cerebro necesita un tatuaje. Y ese tatuaje es una emoción. La risa es un gran tatuaje, pues si no hay corazón entonces no hay recuerdo.

Miguel Ángel Restrepo González

tiene 17 años y estudia en el Inem José Félix de Restrepo. Le encanta la música clásica, el jazz y el cine. Es de los que leen con el diccionario a la mano y bebe más de tres litros de agua al día.



Laura Duque

cursa grado décimo en La Enseñanza. Le gusta leer, escuchar música, ver películas y pasar tiempo con sus amigos. Es una apasionada del canto y la culinaria. Es scout, le encanta acampar y hacer cualquier cosa que tenga que ver con el aire libre.



Sara Chavarriaga

es comunicadora en lenguajes audiovisuales y le gusta recorrer el mundo a pedacitos. Es fanática del kiwi y de la fotografía, y está obsesionada por el *crowdfunding*, una nueva manera de financiar proyectos por micromecenazgo. Ah, y tiene 22 años.



María Camila Munévar Dueñas

tiene 17 años y es estudiante del colegio La Presentación. Le gustan los juegos de rol, la fotografía y el karate. Cuando viajó al Amazonas fue su mejor día. Y en el peor, se desmayó ante el público actuando en una adaptación de *Hamlet*.



Andrés Muñoz

tiene 21 años, le gusta narrar en su mente partidos de fútbol callejero y se le ve frecuentemente conversando con las palomas del Parque Bolívar. En el mejor día de su vida dejó caer desde un balcón una flema sobre un policía. Y el peor fue cuando una chocolatina Jet le salió sin caramelo. Nunca ha ido a un zoológico.



El ancianato de Bello

Por Miguel Ángel Restrepo González

Ilustración: Alejandra Congote

El grupo juvenil Nueva Generación de la parroquia La Visitación, ubicada en el sector de El Poblado, llegó al asilo de Bello, que se confundía entre las casas del sector. Su fachada no tenía nada en especial, pero al entrar se veía un gran edificio de tres pisos con un amplio patio-jardín central, compuesto por palmeras y otras plantas de diferentes nominaciones.

Terminada la explicación de por qué estábamos allí, entré en la búsqueda de una historia que podría estar escondida o atesorada en la mente de cualquiera de los abuelos. Subí al tercer piso y allí estaba mi historia al final del pasillo leyendo un libro que sostenía en su mano izquierda, ya que en su derecha tenía los tubos que le daban el oxígeno necesario para respirar. Me presenté ante él y él alzando la mirada me correspondió muy amablemente.

—Emiliano, a su servicio —me dijo—, aunque mi nombre real es Antonio José, pero me han llamado toda la vida Emiliano, ya que cuando era tan solo un bebé un hermano mío llamado Emiliano murió y me pusieron este apodo para rellenar ese vacío.

—Mucho gusto —le dije con asombro por su increíble fuerza al apretar mi mano.

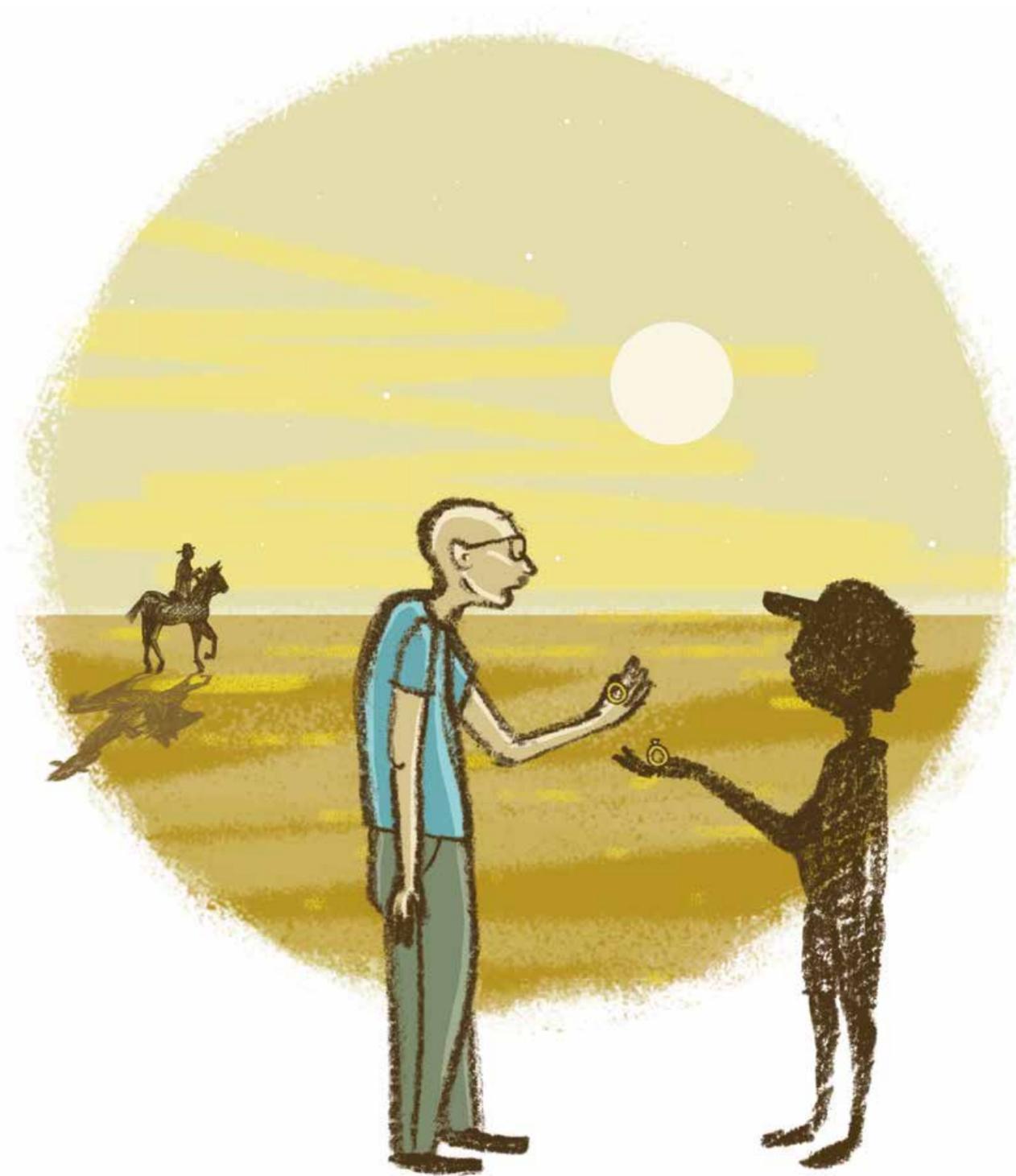
—¿Quiere usted hablar y de pronto por ahí derecho contarme una historia? —le dije.

—Claro que sí, joven, vayamos a un lugar más cómodo —dijo.

Nos sentamos en un balcón pequeño y angosto, cuya vista era tan solo las montañas de Bello y un *spa* de carros.

—Listo, puede usted empezar —le dije, mientras grababa con mi *walkman*. Y me empezó a contar.

“Bueno, yo vivía en un pueblo, en Angostura; cuando tenía doce años fui joyero. Mientras mis amigos jugaban a la pelota, yo iba a la joyería de don Pacho Arango, que vivía en la esquina de mi cuadra. Iba a ayudarlo a cambio de algunos centavos que en ese tiempo le alcanzaban a uno para mecatear todo lo que quisiera. Lo ayudé durante meses y aprendí todo lo relacionado con la joyería. Un día, don Pacho tenía que hacerle un trabajo a don Luis Montoya, un señor adinerado de la región que se iba a casar en Pensilvania, y necesitaba dos anillos para el día siguiente. Don Pacho, preocupado porque no podía quedarle mal a su mejor cliente, aceptó el trabajo, pero mi patrón no podía hacerlo porque tenía otros pedidos pendientes. Entonces, para mi gran sorpresa, me pidió que me hiciera cargo de ese importante pedido. Dijo que yo ya sabía todo lo que tenía que saber y acepté el trabajo. Claro,



si mi madre me dejaba quedar hasta tarde haciendo eso. Con el permiso de ella me quedé toda la noche y la madrugada cumpliendo el pedido. Ya estaba amaneciendo cuando don Luis llegó en un hermoso caballo blanco *colimocho*, de los más finos que se podían conseguir en todo el lugar.

—Qué pena don Pacho que lo hice madrugar. ¿Pero qué hace Emiliano aquí? —dijo.

—¿Quiere que le cuente don Luis? Este trabajo lo hizo este muchachito —le dijo.

Don Luis estaba muy sorprendido porque el trabajo era de gran calidad digno de un joyero, no se lo creía. Entonces sacó un billete de quinientos pesos, que en ese momento era un montón de plata y se lo dio a don Pacho. Sacó otro y me lo dio a mí. ¡Un billete de quinientos! No lo podía creer. Eso me alcanzaba para comprar dos vacas.

Al llegar a mi casa, me iba a bañar para ir al colegio, pero mi madre no me dejó porque estaba acalorado y me torcía. Me ordenó que me vistiera y que me fuera para el colegio. Entonces saqué el billete de quinientos y se lo di a mi mamá como regalo.

—¿De dónde sacaste este billete?

—Pues mamá, don Luis me lo dio porque yo hice el trabajo.

—No seas cañero que te dieron esto por hacer un par de anillos y un *pisargolla*. ¡No seas mentiroso que eso es mucha plata!

—Pues sí, mamá, estoy diciendo la verdad.

No quiso creer. Entonces cuando iba para misa tenía que pasar por donde don Pacho, y aprovechó y le preguntó.

—¿Don Pacho si es verdad que a mi hijo le pagaron quinientos pesos por hacer ese trabajo?

—Claro que sí, él hizo el trabajo. Él ya es un joyero, él hace óvalos, hace crucifijos, hace cadenas; hace de todo.

Entonces mi mamá sorprendida por esto le contó a mi padre, y decidieron comprarme con los quinientos pesos las herramientas de joyero. Por eso soy joyero desde los doce años”.

Justo en el momento que la historia se tornaba cada vez más interesante, llegó el aviso de que ya nos íbamos. Estaba sorprendido porque el tiempo al lado de don Emiliano se hizo muy corto y pasó muy rápido. Quedé triste ya que quedamos inconclusos.

Esta es una historia sin importancia para muchos pero es el tipo de historias que todos deberíamos escuchar en algún momento de nuestra vida.

La vida en púrpura

Por **Laura Duque**

Ilustración: **Mónica Betancourt**

Mi mejor amiga tiene epilepsia. Es la segunda vez que lo pongo de esa manera. La primera fue cuando le pregunté a mi profesora de biología si la epilepsia es crónica. Me dijo que sí.

—Mariana, levántate —la pequeña de diez años se revolvió entre las cobijas de la cama de su madre al notar que aún no había amanecido—. Mariana, levántate y ponte otra pijama que los de Emi ya vienen.

—¿Qué pasó? —preguntó Mariana con la voz ronca, caminando con pereza, y confundida, hacia su habitación para cambiarse los chores con los que se había quedado dormida.

—Acabas de convulsionar.

Cuando llegaron los de Emi, ella aún no había terminado de comprenderlo, no había sentido nada.

Al día siguiente, el 13 de diciembre del 2010, el médico le dio de alta, pues por una sola convulsión no la podían diagnosticar con epilepsia.

Hay muchas razones por las que una persona puede convulsionar: tumores cerebrales, lesiones o infecciones como la meningitis o epilepsia. Anteriormente, cuando una persona convulsionaba, creían que estaba siendo visitada por dioses o demonios. Sin embargo, Hipócrates en el 400 a. C., fue el primero en quitar el misticismo a esta enfermedad. Y fue Thomas Willis en el Renacimiento quien señaló que el cerebro era su epicentro, enfrentándose a las creencias tanto de la iglesia como del pueblo. La epilepsia, también conocida como la enfermedad de los mil nombres, ha acompañado la humanidad casi desde su origen. Las diferentes culturas le han otorgado distintos nombres como el *mal de terre*, que viene del francés “mal del suelo”, pues cuando alguien tenía una crisis caía al suelo desprotegido.

El 15 del mismo mes Mariana fue diagnosticada con epilepsia juvenil. Inmediatamente recordó cuando un día vio la advertencia que había detrás de la caja de uno de sus juegos de computador: “Puede causar ataques epilépticos”. Así como recordó la pregunta que le hizo a su madre: “¿Qué es?”.

Las neuronas son las células encargadas de transmitir las señales desde el cerebro a los músculos, para movernos, o de los nervios de nuestros dedos hasta el cerebro, cuando sentimos. No obstante, pese a ser muy activas, si una neurona de nuestro cuerpo muere o es herida, no se regenera o repone. Cuando una persona tiene la enfermedad de la luna —antaño se creía que las crisis epilépticas tenían que ver con los ciclos lunares—, las neuronas no

transmiten estos mensajes de manera indicada, y a veces causan movimientos espontáneos involuntarios. En la antigua Roma, si alguien tenía una crisis en un evento comercial era suspendido, pues necesitaban “desinfectar” el lugar porque la epilepsia se consideraba contagiosa.

Mariana fue recetada con ácido valproico, un antiepiléptico con efectos secundarios entre mareos, visión borrosa, vómito, cansancio, ampollas, incluso puede ocasionar daños renales hepáticos y anemia. El 23 de diciembre fue dada de alta, justo para celebrar la Navidad con su familia.

No obstante, con la presión de un nuevo año escolar, el bachillerato, los efectos secundarios se hicieron notar. Tenía gastritis y hasta creía que una úlcera comenzaba a aparecer en su estómago. Su neurólogo decidió cambiar su medicación por algo más suave, pero no desaparecieron los efectos secundarios. A mitad de año las faltas comenzaron a hacerse más evidentes y académicamente todo se vino abajo. Perdería el año en La Enseñanza, así que con su familia decidieron cambiar de colegio. Mariana y yo nos conocimos en La Enseñanza, cuando estábamos en segundo, habíamos vivido un sinfín de cosas juntas, y ahora tenía que irse.

El Fontán es un colegio de educación personalizada, con horarios



flexibles y planes de estudio acordes a las necesidades de cada estudiante. Mariana llegó allí a finales de 2011. Al principio causó la curiosidad que siempre causan las personas nuevas. Así que se hacía con varias barras y todos eran buenos con ella, pero poco a poco empezaron a apartarla. Llegó al punto que pasaba los días enteros en el salón. “Mariana, salga al patio, aunque sea a leer”, le decía su profesora. Pero ella no quería pasar la vergüenza de salir sola. En una ocasión se le perdieron los audífonos.

—¡Dios! —comentó una niña del transporte de Mariana a su vecina y mejor amiga—. ¿Ya viste los audífonos que trae Mariana? ¿No son de esos que dan en los aviones? ¿Es que es tan pobre que no puede ni comprarse unos audífonos?

Después de haber repetido sexto en el Fontán, a principios de 2013 decidieron que lo mejor era pasar a Mariana de colegio. En La Presentación hizo un examen de aptitud y a pesar de que no había pasado sexto oficialmente, comenzó a cursar el grado séptimo.

Meses después de que encontraran un medicamento que funcionara sin tantos efectos secundarios, este dejó de funcionar. Así que cambiaron de nuevo, pero después de algunos meses, tampoco sirvió. Mariana tiene epilepsia refractaria. Su padre, a pesar de la situación, siempre cumplió con darle los medicamentos pues, como estaban con un neurólogo particular, la Eps no los cubría. Sin embargo, con el paso del tiempo y la crisis económica, tuvieron que cambiar a un neurólogo de la Eps, con quien la cita era mucho más complicada de obtener.

—Mariana, María —decía Paula, su mamá, al ver que ella miraba un punto indefinido en el infinito y no respondía a su llamado—. ¡Mariana!

Después de un rato, Mariana, ahora de 14 años, siguió tecleando en el computador. Como si nada hubiese pasado su vida continuó normal después de tener una “ausencia”. Las mismas que tiene una o dos veces al mes, según lo que la madre le cuenta.

San Valentín junto con San Vito y Santa Viviana eran los patronos de la epilepsia, de hecho, un monasterio fue levantado en honor a ellos, en la Roma del siglo XV. Los síntomas más comunes de la enfermedad de San Valentín son las convulsiones, que pueden ser de muchos tipos, pero también hay otros síntomas no tan conocidos, como las “ausencias” que suelen ser confundidas como distracción y pereza en el estudio.

Mariana también comenzó a convulsionar despierta. Generalmente le pasa cuando está acostada y no se da cuenta, pero hubo una excepción. Una

tarde ella estaba viendo televisión al lado de su mamá, cuando de pronto sintió que comenzó a hiperventilarse, la sensación cada vez era más intensa. Y vagamente se dio cuenta de lo que sucedía. Entre la inconsciencia y el confuso mareo antes de que las luces se le fueran completamente, supo que estaba convulsionado. Segundos después, con la malquera típica, su madre le corroboró lo que creyó que pasaba.

Había noches en las que sabía que iba a convulsionar. Lo sabía exactamente cuando, entre el sofoco de las cobijas hasta la coronilla, veía aquellas terroríficas luces que se asemejaban a rostros deformados y cambiaban constantemente de colores y formas que le espantaban el sueño. Sin embargo, caía dormida para luego despertar mareada y desubicada con su mamá al lado, apoyándola incondicionalmente, siguiendo cada señal de su enfermedad.

Teniendo la enfermedad de San Lupo —un santo que castigó con esta enfermedad a un obispo que cometió el pecado de la envidia—, a veces ciertas situaciones son casi inevitables. Hace poco más de un año, yo estaba en su casa y como casi siempre pasa, me invitó a amanecer. No había alcanzado a quedarme dormida cuando sentí que la cama comenzó a temblar, a moverse; al principio no muy fuerte, pero luego comenzó a intensificarse. Yo sabía qué pasaba, así que me paré de la cama y fui hasta el cuarto de su mamá.

—Paula —susurré tocando la puerta un par de veces—. Paula... creo que Mari está convulsionando... ¿Qué hago?

La puerta se abrió ante mi rostro para mostrar una madre cansada dispuesta a ayudar a su hija.

—Nada, solo tienes que ver si pasa algo y cuando termine asegurarte de que no se haya mordido la lengua.

Fuimos al cuarto de Mariana, que ya había terminado de convulsionar y reanudó su sueño, su madre hizo lo que había dicho y la despertó. Me mandaron a dormir al cuarto de su hermanito, quien estaba profundamente dormido en la cama de su mamá. No es extraño que Mariana se muerda la lengua, ha pasado muchos días terribles a punta de sopa por cuenta de este inconsistente error.

A decir verdad, al principio me dio pena con Mariana preguntarle si podía hacer esta crónica, pues es algo con lo que poca gente se siente bien. Sin embargo su respuesta me asombró. A diferencia de muchos, a ella no le da pena decir que tiene epilepsia, al contrario, le gusta que la gente sepa y le pregunten, pues así, poco a poco, la gente irá saliendo de la ignorancia.

Muchas personas se avergüenzan de tener epilepsia. En Uganda se considera que la epilepsia es contagiosa. En India y China esta enfermedad puede ser causa de anular o prohibir el matrimonio y, de hecho, hasta 1980 en algunos estados norteamericanos no se podía en absoluto contraer matrimonio con epilépticos. Incluso ahora esa discriminación se presenta en países desarrollados como Italia, Estados Unidos y Alemania —que por cierto tiene un museo en Kork dedicado a esta enfermedad—.

No obstante no hay por qué sentirse avergonzado, muchos personajes importantes a través de la historia la han padecido, entre ellos están Sócrates, Alejandro Magno, Juana de Arco, Lenin, Napoleón, Elton John, Van Gogh, Charles Dickens, Edgar Allan Poe e incluso Albert Einstein.

Durante el día púrpura todos los epilépticos se pronuncian para atacar la ignorancia de la gente con información sobre la *morbus maior* y para decirles a los que la padecen que no están solos. Este día fue creado en el 2008 por una canadiense de nueve años llamada Cassidy Megan. Es el 26 de marzo cuando

el mundo se pinta de púrpura, el color de la epilepsia. Lo eligieron porque la flor de lavanda, en muchas culturas, se asocia con la soledad, la misma soledad que algunos pacientes a veces sienten.

Hace aproximadamente un mes Mariana entró en el hospital y la neuróloga dijo que era mejor que le hicieran una telemetría, que es un examen más completo para descartar que los dolores de cabeza tuvieran una razón distinta a la epilepsia. Acordaron que después de algunos días de haber salido iba a ir a urgencias para que la ingresaran, pues de otra manera tomaría semanas, y le harían el detallado examen.

—Anote su nombre, su apellido y el número de su cédula aquí que ya mismo me voy para la Personería, porque usted no sabe qué es lo que esta niña tiene y si no la ingresa y algo le pasa, la responsabilidad es suya. Es que usted está privando a una menor de uno de los derechos humanos básicos —explotó Paula en contra del médico que las recibió en urgencias, después de que este hubiera revisado los ojos de su hija con la linterna del celular y las hubiera despachado diciéndole: “Ella ya está en edad de que le den migrañas”, sin revisar el historial médico de Mariana.

—No señora, tranquila, eso no va a ser necesario... —dijo el joven médico—, ya vamos a ingresar a su hija.

Ahora solo quedaba esperar que le dieran el cuarto para iniciar el examen, aprobado con anterioridad.

Dos habitaciones más allá, una niña de unos seis años, que sufría un caso grave y complejo de epilepsia, entró en crisis. La madre de la pequeña se desmayó al ver a su hija y toda el ala del Hospital León XIII se revolvió tratando de hacer a la pequeña volver a la normalidad; “eso fue tipo película”, comentó Mariana. Todas las enfermeras se fueron para allá y la sacaron en una camilla. En el momento, Paula se encerró en el baño a llorar. “Lo que más me dolió fue ver a la mamá”, dijo. Esa misma tarde la pequeña estaba sonriente y dichosa junto a su familia, después de todo no sabía qué había pasado.

Después de algunas horas le dieron una habitación individual a Mariana, y un par de enfermeras con regla en mano comenzaron a trazar con precisión líneas en su cabeza, para después, con una pega fortísima, pegar electrodos en su cuero cabelludo. Cada uno de estos estaba conectado a un cable de color, y cada cable estaba pegado a una consola portátil que Mariana debía llevar hasta al baño para llevar registro de su actividad cerebral. Por más que las mirara nunca podría descifrar qué significaba cada línea, cada pico y cada baja.

Durante tres días Mariana fue sometida a dos sesiones de fotoestimulación al día, porque es fotosensible, lo que quiere decir que las convulsiones pueden ser desencadenadas por luces estrambóticas. Las pruebas eran a altas horas de la noche y no podía dormir hasta que se las realizaran. La primera noche, rogó entre lágrimas que no le hicieran eso. Simplemente no quería que la hicieran convulsionar. Por suerte o por desgracia no convulsionó en ningún momento.

Mariana volvió a casa con la medicación antiepiléptica reducida, pero con acetaminofén y antidepresivos para el dolor de cabeza y los efectos adversos. Y con la desilusión de no tener todavía un medicamento que funcione, que su epilepsia refractaria no pueda evadir. Ha probado un sinnúmero de cosas, incluso aceite de marihuana que se toma en gotas y que de hecho le sirvió durante el mes que se lo tomó, pero cada día amanecía con los ojos rojos para ir al colegio.

Y mientras tanto, cincuenta millones de personas en todo el mundo, el equivalente a toda la población colombiana, siguen viviendo la vida en púrpura.

Perdida en Nueva York

Por **Sara Chavarriaga**

Ilustración: **Alejandra Congote**

El viaje

18 de enero de 2015, mujer, 22 años, 1.57 de estatura, inglés fluido, miopía con gafas permanentes, viajando sola, no porque no resultara compañero de viaje, sino porque la soledad tiene su magia. A continuación, una pequeña guía de las cosas que viví en la ciudad que nunca duerme, con un presupuesto apretado y con alojamiento tipo hostel.

¿Lleva todo? No olvide el pasaporte, especialmente, y las tarjetas, o el efectivo, lo que sea con lo que piense cubrir sus gastos los próximos días. No olvide tampoco, por favor, todo el kit de invierno, es decir, las botas que aíslan la humedad, el gorro térmico que también cubre las orejas, los guantes y, por supuesto, el abrigo impermeable que le permitirá sobrevivir unos días de invierno en Nueva York.

Llegar al JFK, el aeropuerto principal de la ciudad de Nueva York, no es como uno se lo imagina en las películas ni así de terrorífico como lo han pintado. Para ser un aeropuerto que recibió unos cincuenta millones de pasajeros en el año 2013, el sexto más ocupado de los Estados Unidos, los pasillos se veían vacíos y las filas no fueron de larga espera.

Ahora está el asunto del traslado al hotel, que, debo decir, siempre es donde le roban, pero como usted es precavido, compró por internet el tiquete de un bus que lo va a dejar en todo Times Square, y de ahí, ya verá cómo hace para perderse en el *subway* un ratico y llegar finalmente al hotel.

Seis de la mañana, y como es invierno, el sol todavía no se asoma por ningún lado. Pero eso sí, el primer vistazo de Times Square emociona. Tanta luz, tantas pantallas, que usted no sabrá bien para dónde mirar. Se anuncian las obras de Broadway, especialmente la *El rey león*, que cuesta cien dólares la entrada, y que quizás usted no alcance a ver. También hay pantallas con publicidad de Disney y la película *Cincuenta sombras de Grey*, que se estrenó días después en San Valentín y que causó furor en las adolescentes por esos días.

El reto ahora es ver cómo es que se compran los tiquetes del *subway*. O bueno, el tiquete, en este caso el que dura una semana será la mejor opción para usarlo día y noche sin escatimar por la cantidad de viajes. No es una sorpresa que el pago sea con tarjeta, es como si en esa ciudad el dinero en efectivo se estuviera volviendo obsoleto.

Y entonces llega la primera pesadilla. Usted pasa una vez la tarjeta y la máquina no lo deja pasar. Un letrero le dice “please swipe again”, usted la pasa unas siete veces más, y nada. En ese momento se retira y observa cuidadosamente cómo es que lo hacen los neoyorquinos, pero en realidad no es nada especial. Luego de muchos intentos logra pasar y ahora viene lo más importante: ¿usted para dónde va?

Yo llevaba un libro sobre la historia de Nueva York, pero eso sí, mapa por ningún lado. Entonces recurrí al de la estación. Pasan muchas líneas pero finalmente la que le sirve es la azul, que va hacia 23rd street, en sentido *downtown*. Eso es lo primero que hay que saber, la diferencia entre *uptown* y *downtown*.

Chelsea

Aún no amanece del todo pero ya hay muchos carros en las calles, los famosos taxis amarillos, y las personas con trajes elegantes, en bicicleta, que se dirigen a sus lugares de trabajo. El cielo se va poniendo color rosado, mientras camino desde la estación 23rd street del *subway*. Chelsea es un barrio ubicado en el corazón de Manhattan, reconocido por sus galerías de arte y por The High Line, un parque construido sobre antiguas vías del tren elevadas y que va desde West 12th street hasta West 34th street, con vista al río Hudson en una parte del recorrido.

De cualquier forma, hostel es hostel, y para no llevarse desilusiones lo mejor es esperar lo peor. Afuera hay un letrero que dice Chelsea International Hostel, y al pasar la puerta se siente el calor de la calefacción y un olor a invierno, algo así como “a guardado”. La atención es hostil y la mejor parte de todo es que como el *check-in* es a las tres de la tarde y son las siete de la mañana, usted va a tener que recorrer la ciudad sin bañarse, porque ¿cómo más? Ah bueno, y también hay que agregar que hay que pagar diez dólares por guardar su maleta; no, no importa que usted igual vaya a pagar las noches y eso.

Central Park

En una ciudad tan expuesta cinematográficamente es imposible no sentirse como en una película, protagonizando alguna historia de esas increíbles, porque hasta el 2011 en Central Park se habían grabado 305 películas, lo que convirtió esta locación en la más filmada del mundo. Se siente como protagonista de Manhattan, de Woody Allen, o tal vez como uno de los personajes



de *NY I love you*, o bien como Audrey Hepburn en *Breakfast at Tiffany's*.

En Medellín no existe en realidad el invierno, le decimos así a la época lluviosa del año, pero las temperaturas no varían lo suficiente como para decir que tenemos estaciones. Tal vez por eso es que los árboles desnudos y la nieve amontonada en algunas esquinas forman una vista tan mágica. Las ardillas de invierno se persiguen entre ellas, pero no se parecen a las que suelo ver por la ventana de mi apartamento mientras desayuno. Hay que agregar que el invierno tiene sus ventajas, por ejemplo, no hay que peinarse porque todo puede arreglarse con un gorro. Y a propósito de ventajas, con un compañero de viaje seguro no habría podido recorrer caminando tres horas el Central Park.

El bagel

La alimentación siempre es una preocupación para una persona con hábitos sanos, que evita las cosas fritas hipercalóricas, pero de todas formas le va a tocar comer comida chatarra, porque ¿qué más? Empecemos por el desayuno que está incluido en el hostel. Se puede escoger entre un banano o una manzana, adicionalmente, un pan que no sabe a nada y cereales con leche. La proteína no está por ningún lado, ni huevo ni queso ni jamón a la vista, además, ni papayas ni mangos ni piñas.

La primera aventura, el segundo día, es un bagel en Murray's, en Chelsea, a unas cuadras del hostel. Afuera se anuncia el “bagel del día” por siete dólares, un precio bastante razonable y a la hora precisa. Entonces claro,

usted ordena el del día y no dice nada más. La orden está sorprendentemente rápido y el resultado es un pan redondo, con un filete de pollo, lechuga y tomate. Eso no sabe a nada, pero ya hay que pasar la montañerada y comérselo así. Usted debió haber dicho que lo quería con “cream cheese” y con cuál específicamente, pero bueno, calmó el hambre.

Wall Street

Hay que ver la estatua de la libertad porque está en las secuencias iniciales de la mayoría de las películas que han tenido como locación la ciudad de Nueva York. El particular interés de visitar este tipo de atracciones es tener idea de la dimensión real, porque en las películas o en las fotos muchas veces a uno no le queda claro qué tan grandes son. Para poder visitarla hay que bajar, en sentido *downtown* hasta Wall Street, la famosa zona financiera. Los edificios son altísimos, tanto, que las calles son oscuras porque el sol no logra pasar del todo entre tantos rascacielos.

Todos vimos alguna imagen de los hechos ocurridos el 11 de septiembre, pero caminar por ahí es otro cuento. En cuestión de horas más de tres mil personas perdieron la vida justo en este mismo lugar, y ahora hay dos piscinas enormes, y placas donde están escritos los nombres de las personas que se fueron para siempre.

Moma

Algunos encuentran los museos particularmente aburridos, pero sí debo decir que ver *La noche estrellada* de Van Gogh, en vivo y en directo, es otra cosa, tiene que ver de nuevo con el asunto de las dimensiones, pero sobre todo con las texturas, porque en las fotos que uno ve usualmente no logra apreciar el trazo del pincel. Uno puede hasta hacerse una imagen del mismo Van Gogh pintando el cuadro.

En el segundo piso del Museo de Arte Moderno hay un salón muy especial donde está *Water lilies*, de Monet, tres pinturas, cada una de aproximadamente dos metros por cuatro, realizadas entre 1914 y 1926, y que tienen la capacidad de transportar a un jardín, al que el espectador prefiera. Pero aparte de tener el placer de ver a Van Gogh, Monet y Picasso, entre otros, cada persona tiene formas diferentes de apropiarse del arte. Algunos disparan cien fotos con el celular, o con las cámaras digitales. Otros se quedan mirando, en silencio, por minutos, girando incluso la cabeza buscando otras perspectivas de visión. Están también los que van en grupo y comentan lo que les gusta o les disgusta. En todo caso es un momento perfecto para tomarle fotos a extraños, y captar retratos desprevenidos, porque ¿cómo van a saber que usted le toma una foto a ellos en presencia de semejantes obras de arte?

Las medias de diez dólares

Otra de las aventuras es la de las medias de diez dólares. Usted tiene una buena puntería para vuelos cancelados y tormentas, y durante su último día

en Nueva York llegó la tormenta Juno, con vuelo cancelado y todo. Pero eso no detiene a un viajero como usted, así que en ese último día extra, cortesía de la tormenta, se va para Roosevelt Island, una isla pequeñita a la que se accede por un teleférico rojito, que cuesta lo mismo que un tiquete del *subway*. En la isla, una de las atracciones es el faro de Blackwell Island, y después de la tormenta, sin exagerar, hay unos cincuenta centímetros de nieve, que cubren más allá de las rodillas, y aunque las botas son impermeables, se le mojan las medias.

El que ha estado en alguna ciudad en invierno sabe que lo peor que puede pasar es tener descubiertas las extremidades, es decir, las orejas, las manos y los pies. Así que después de la aventura de conocer el faro, comienza la pesadilla de sentir los pies helados, y duelen, como si se fueran a quebrar. Contando con que es un día después de la tormenta, muchos almacenes están cerrados y el primero que encuentra es American Apparel, y las medias más baratas cuestan diez dólares, que para el precio del dólar en ese entonces, son unos veinticinco mil pesos. Seguro que en Medellín nunca habría comprado unas medias de ese precio.

La estatuilla

Es común entre los colombianos llevar encargos cuando se va de viaje, y por supuesto este viaje no fue la excepción y entre su maleta de mano viajó una estatuilla de madera y metal de un festival de cine de la ciudad para el director de una película que reside en Nueva York, y quien no pudo asistir al certamen.

El primer reto es llamarlo, desde su celular pero usando crédito de Skype, lo que es un poco difícil por la calidad del wifi del hostel. Después de dos llamadas fallidas, logra confirmar la dirección y avisar que le llevará la estatuilla el día siguiente, a eso de las cinco de la tarde.

Pero esas cinco de la tarde terminan convertidas en las seis y media, todo por haber tomado la línea “express” del *subway*, la que justo no paraba en la estación que usted necesitaba. Esto significa bajarse en la próxima donde se abran las puertas, cambiar de sentido y finalmente bajarse en la estación que es.

Luego, sigue una caminata de unas cuantas cuadras, cuadras de esta ciudad que son el triple de las de Medellín, con un frío intenso que llega hasta los huesos porque ya el sol se va escondiendo. Pero todo el esfuerzo se ve recompensado al llegar al lugar, encontrarse una persona encantadora y conocer un apartamento con vista a Central Park, y sentirse, otra vez, como en una película.

Lo más mágico de todo es perderse, tomar el *subway* que no es o el que precisamente no se detiene en la estación que usted necesita. Ver a través de las gafas todos esos lugares que antes solo había visto en una sala de cine o en Netflix. Y caminar, caminar, hasta que duelen las plantas de los pies.

Un viaje en la historia entre Mil Espadas

Por **Maria Camila Munévar Dueñas**

Ilustración: **MariaP Restrepo**

Esta era la última batalla. Una tormenta se aproximaba en medio del bosque y los truenos se escuchaban con más frecuencia.

—Thor esta de nuestro lado! —gritó Thorlack, el jefe de nuestro clan.

Todos comenzamos a dar gritos de valentía, mientras tomábamos diferentes armas según nuestras capacidades. Algunos optaban por las espadas vikingas, los más ágiles preferían las dagas, los más fuertes tomaban las hachas, los más mortíferos, las lanzas. Luego todos agarraron los grandes escudos llenos de arte, y de diferentes formas y tamaños que habíamos fabricado. Todos agarraron escudos menos yo. Yo era una asesina, experta en matar por la espalda y salir corriendo. Entonces tomé solamente las dagas y me ajusté las botas.

La comunidad Mil Espadas es un grupo de chicos y chicas a los que nos gusta eso: pelear con espadas. Las tardes de entreno no las cambiaría por nada. En ellas aprendemos técnicas básicas, trucos, movimientos para ser un guerrero de élite. La mayoría de veces peleamos batallas y reencuentros históricos en los alrededores de Medellín, Itagüí y Envigado. Un perfecto escape de la realidad, de la modernidad, viajando en el tiempo, hacia otras épocas donde se vivían grandes hazañas y actos heroicos.

La noche había llegado, la luna iluminaba, estaba todo silencioso, se podía percibir el sonido del río. Estaba algo nerviosa por la batalla que se

aproximaba. En la oscuridad le hicimos una oración a Odín, pidiéndole valor para salir victoriosos. Todos gritamos al tiempo: “¡Victoria o Valhala!”.

Los ingleses habían llegado para acabar con nuestra cultura, tradiciones y robar nuestras riquezas, eran muchos más que nosotros, era un momento decisivo lleno de tensión, moriríamos con honor y devoción a nuestra cultura si ese era el caso, aunque la esperanza perduraba.

Los ataques comenzaron, sus largas espadas de hierro los estaban guiando hacia la victoria, estábamos teniendo demasiadas bajas.

Había que pensar estratégicamente, si se vencía primero a los más ágiles y fuertes del equipo enemigo se facilitaría todo, cogí mis dagas y me escondí tras los árboles sacando provecho de la oscuridad y la tormenta y comencé a destrozar a muchos enemigos por la espalda, el jefe enemigo se percató y empezó a correr hacia mí. Así que salí a correr, estaba agotada, no me quedaba energía. Cuando de repente, vi al jefe que estaba frente a mí. En ese momento, un aliado me tiró su espada, la recibí y comencé a bloquear los ataques del jefe, era demasiado rápido y fuerte. Pensé que no aguantaría mucho. No obstante se resbaló por un charco de lluvia, era mi oportunidad, clavé la espada en su cuello, lastimosamente perdí mi mano en batalla al recibir el ataque de esa espada inglesa.

La comunidad Mil Espadas se originó hace doce años. Los primeros clanes fueron Meleth, Kyoto y Asura, adoptando culturas medievales, samurái y de medio oriente respectivamente. Estos se comenzaron a

reunir los sábados para crear enfrentamientos con técnicas y estrategias y al final de las batallas vivir las tradiciones de su respectiva cultura.

Después de cada enfrentamiento conocíamos otras culturas, recreando enfrentamientos que hicieron parte de la historia. Aunque otros combates los creamos nosotros mismos. No es históricamente correcto enfrentar a samuráis contra vikingos, aunque es un tipo de combate único e inigualable.

Esta comunidad fue creada por Lucas, más conocido como ‘Blodsverd’. Comenzó fabricando el armamento y el vestuario para los primeros jugadores y participantes de Mil Espadas. El armamento está hecho con tubos y espuma para evitar lesiones. Aunque a veces se utilizan espadas de hierro para los enfrentamientos más significativos. Se emplean unas reglas específicas: al perder dos extremidades muere el jugador o al ser atacado alguno de sus puntos vitales; está prohibido atacar la cara, quien lo hace tiene que salir del combate.

En los entrenamientos, cada líder se encarga de asignar los roles de cada jugador. Nuestro clan de recreacionismo histórico vikingo se llama Skald. Tiene diferentes roles en batalla y clases sociales en la era vikinga: hombres libres, nobles y reyes. Además se sigue el Odinismo, una religión pagana antigua originada en Escandinavia.

Los samurái siguen el *bushido*, un código de honor utilizado antiguamente en Japón entre los guerreros. Utilizan espadas *katanas* y *naginas*, un tipo de lanzas. Son ágiles y rápidos, además jamás matan por la espalda para no perder su honor.

Todos los piratas llevan sables, los cuales son muy versátiles, prefieren sus enfrentamientos en el agua, son grandes viajeros salvajes, llenos de aventura.

Los templarios siguen tradiciones de la edad media. Usan vestimenta con una cruz en la mitad, al igual que su escudo y les gustaba adueñarse y proteger las tierras santas.

La contienda épica se aproximaba. Sería una batalla por el honor de cada clan, en el continente perdido, un continente ficticio donde había enfrentamientos épicos e intercambios culturales dentro de Mil Espadas. El lugar del encuentro sería en Santa Elena, el corregimiento lleno de bosques de pinos, riachuelos y praderas, dando un mejor ambiente para los enfrentamientos.

Habíamos llegado a la contienda épica. Todos los clanes comenzaron a construir su campamento con su respectivo estandarte. El continente perdido era un bosque oscuro lleno de majestuosos árboles que ocultaban la luz.

Al otro día entrenamos como nunca antes ya que el enfrentamiento entre todos los clanes iba a ser esa misma noche. Todos les temían a los jefes. Tenían demasiada habilidad y sus golpes con la espada eran mortíferos. Todos huían cuando algún jefe se acercaba, especialmente el jefe del clan samurái. Se apodaba ‘Sosuke’ y siempre llevaba una *katana* de doble filo con la que podía matar a varios contrincantes en pocos golpes.

Nuestro jefe era el segundo más temido, con su espada vikinga ejecutaba masacres en batalla, aunque no seguía ningún código de honor, solo luchaba por la victoria.

La noche se estaba aproximando, todos estaban preparando sus armas, colocándose sus armaduras y creando estrategias.

Nuestro clan gritaba: “¡Victoria o Valhala!”. Mientras Thorlack nos daba un discurso de lo importante que era la victoria. Todos los clanes comenzaron su camino hacia la batalla, dando gritos de valentía. El bosque estaba oscuro.

Los diferentes clanes alzaron sus espadas y la contienda comenzó. Era una guerra de todos contra todos. Los samurái estaban teniendo mucha ventaja, correteaban por todas partes causando muchas bajas de manera rápida y eficaz. Primero se encargaron de vencer a los templarios, que quedaron descalificados de primeros. Me escondí de nuevo para entrar con mis poderosas dagas. Vi que el jefe del clan pirata se descuidó y le clavé mis dagas por la espalda. Eso era una gran desventaja para el clan de los piratas.

Thorlack y Sosuke estaban enfrentándose, ambos tenían el mismo nivel, eran demasiado veloces y fuertes, aunque se vencieron mutuamente al mismo tiempo. No quedaba ningún jefe, hasta que vi aquel samurái apodado ‘Skygge’ con gran destreza usar su *katana* y sin armadura alguna vencer muchos vikingos y piratas con gran facilidad. Así que decidí ir a atacarlo, tenía tan buenos reflejos que se percató que estaba detrás de él. Salí corriendo. Su nivel era superior al mío. Él me siguió y terminamos en los adentros del bosque.

Estaba escondida detrás de un árbol y él dijo: “¿Ya no te queda honor? No te haré daño”. Pensaba que el temor me impedía hacer hazañas heroicas así que decidí acercarme a él y le dije: “No te tengo miedo”.

Él se quedó mirándome fijamente sin hacer ni un movimiento. Pensé que estaba tramando algo. Colocó su *katana* a un lado y me dijo: “¿Ves? No te haré daño”. Y nos sonreímos. Volvimos al campo de batalla, pero al parecer éramos los únicos en pie. Le dije: “No quiero luchar contra ti, no sería justo”, y él respondió: “Lo haremos por conservar el honor de nuestro clan”.

Él realizó movimientos rápidos hacia mí. Yo los esquivaba con dificultad. Lo miré fijamente, sin moverme, él también permaneció inmóvil, me acerqué poco a poco, tomando el riesgo. Lo besé. Él dejó caer su *katana* y le clavé mis dagas en su cuello.



Nos comimos el rojo

Por **Andrés Muñoz**

Ilustración: **Titania Mejía**

Son las dos de la mañana, estamos en la calle 10, es martes y en el reloj electrónico y alto dice que la temperatura es de diez grados centígrados. Ver a alguien vendiendo cigarrillos es una gran sorpresa. Voy con Ana en un Mazda blanco, de esos carros en los que cabe toda la familia. Leer en un carro es como comer y cagar al mismo tiempo. A esta hora El Poblado es una fría olla arrocera sin lavar. Ella maneja, yo soy el copiloto que quiere estar en casa rápido, ella me critica por desear estar encerrado siempre. Me justifico y digo que por vivir en el Valle de Aburrá todos vivimos prisioneros de unas montañas y una capa de contaminación que roza la punta de los edificios. Su silencio refleja que mi argumento fue desesperado y me pica el ego, me siento pataletudo. Pasan cuatro cuadras y yo ando buscando una razón para desquitarme, para hacerle saber que no soy un ermitaño que quiere encerrarse a leer las grandes y maravillosas aventuras de Sherlock Holmes, sino que soy un aventurero de verdad. A lo lejos veo la respuesta en forma de semáforo, está en rojo. Como si fuera un personaje de *Rápido y furioso*, le digo:

—Deme el volante y no frene. ¡Qué niña si frenal!

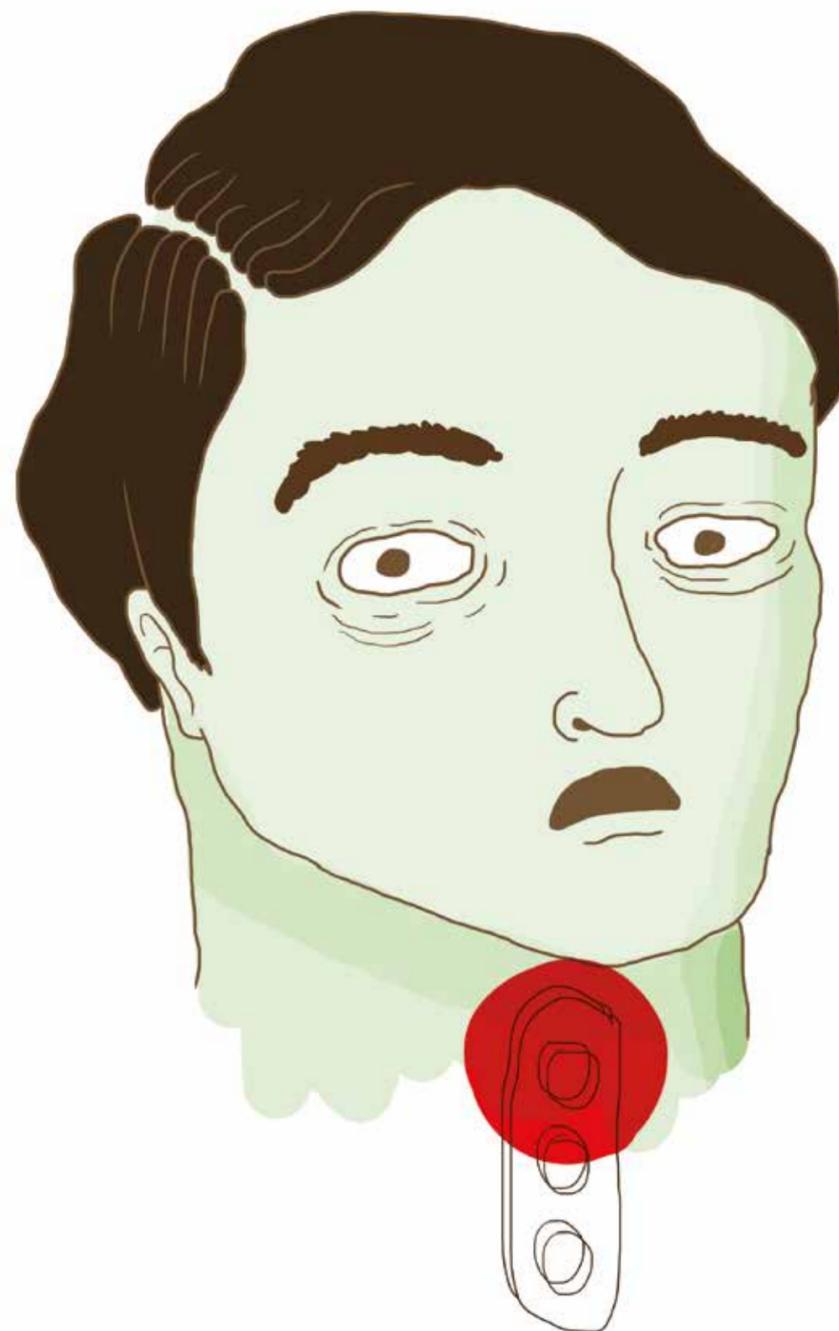
—Pero soy una niña —me dice.

—¡Ah! —digo— ¡Qué loca!

Ana aumenta la velocidad aceptando mi reto. Tengo las güevas en la nuca. La incertidumbre de los carros que pueden cruzarnos, venir de la calle perpendicular a la nuestra después del semáforo, es candela en cada poro. Podría venir en una moto alguna estudiante en vísperas de graduarse o en un carro una pareja en dirección a un motel o una familia llevando a la abuelita a urgencias. El semáforo se acerca y nosotros, violando a ochenta kilómetros por hora las normas de tránsito, pasamos por el semáforo en rojo de la calle 43A sin atropellar a ningún cristiano. Ya no hay diez grados centígrados, no sé la hora ni el día. ¿El Poblado? Ana se ríe y me dice:

—Por llegar a leer tus libros hacés lo que sea, güevón.

—Elemental, mi querido Watson.





Guayabal

Mantener la tensión. Esa es la clave para que un taller de escritura funcione: que siempre haya expectativa, un estímulo, el anhelo de obtener una respuesta. Como en una partida de ping-pong, un taller de escritura es de ida y vuelta: el tallerista se alimenta de las reflexiones e ideas de sus pupilos y estos se nutren de sus experiencias y observaciones. Si una de las dos partes no responde, el taller fracasa y la pelotica rueda por el suelo. En el taller de Guayabal no hubo bolas perdidas. Fueron dos meses de lectura, debate, exploración, coqueteo con el entorno y escritura. La tensión por compartir lo escrito, por conocer los avances y por ser el centro de atención estuvo al orden del día. No importa si el participante tiene 14 ó 53 años, al momento en que se proyecta su texto para mirarlo con lupa tendrá siempre la expectativa de una final de campeonato. Y pocos abandonan una partida interesante.

Juan Pablo López Gómez

tiene 19 años. Su escritor de cabecera es Julio Ramón Ribeyro; a veces siente que conoce sus personajes de otra vida. Los "quesudos" de su barrio son su debilidad. Disfruta dormir y andar en bicicleta por Medellín, eso si el clima deja.



Sonia Alejandra

nos queda debiendo sus apellidos. Estudiante de Sociología en la U. de A., esta mujer de 20 años adora la forma de la ciudad atrapada en las montañas, los espectáculos del cielo, el centro en la noche, el punk criollo. Los nadaístas, su mayor influencia filosófica, son sus preferidos.



A Jose David Sánchez Gómez

le encantan las uvas negras pequeñitas. Su autor favorito es Arthur Rimbaud, los colores y la ambientación que transmiten sus poemas le parecen geniales. Estudia Antropología en la U. de A. y lo que más disfruta a sus 20 años es meterse a un buen pogo.



Daniela Ramírez García

se va enamorando de quien lee. En su lonchera no pueden faltar açai, sandía, durazno o mandarina. A sus 21 años ama acostarse bajo árboles inmensos para apreciar cómo bailan y se acarician con sus hojas. Estudia Antropología en la Universidad de Antioquia.



Mary Luz Restrepo Gaviria

tiene 33 años. Distribuye su tiempo entre el hogar y las aulas, pues aprovecha cada curso de diseño gráfico o taller de escritura. También participa de tertulias y monta en bicicleta. Sus pequeños hijos, Juan Manuel y Mariana, son el motor de su vida.



Ascenso

Por **Juan Pablo López Gómez**

Ilustración: **Titania Mejía**

R siempre trató de estar dentro de los preceptos que intuía necesarios para vivir de una manera grata en casa. Por eso, nunca olvidó las manías perfeccionistas y el carácter fuerte de su madre para hacerlas cumplir. Ya desde la primera vez que dejó de usar el lavamanos le pareció que si todo seguía así asearse sería un esfuerzo aparatoso. La señora Ana lo tenía todo inspeccionado; de tal manera que enmugrecer con las manos el agua, que conservaba inmaculada en el tanque, para lavarse la boca, o empapar la ropa del colegio por treparse sobre la batea para salvaguardar el cepillo, eran dos provocaciones que R. sabía suficientes para que ella le amargase el día.

Pasaron dos días en los que R. dejó de limpiarse los dientes. Esta reticencia solo provocó que su mamá frecuentara sobre él con más insistencia. Al final, la presión para que él estuviera limpio, y mantuviera todo limpio, hizo que R. se familiarizara, aunque de manera forzada, con la nueva dinámica. El chico ya no perdía ocasión para aprovechar el implícito permiso de montarse al lavadero. Se había adueñado de todo el paisaje que desde ahí encima enfocaba por un ventanal.

Cuando R. pensó que su licencia llegaba al fin, el plomero, con una maleta en cada mano y dando pasos cansados, atravesó la casa hasta la cocina donde le informó a doña Ana sobre el persistente daño que tenía el lavamanos. Todos los repuestos que habían cambiado el domingo seguían intactos, el problema ahora estaba en la tubería que entraba a la pared. El consejo que dio antes de retirarse fue que dejaran todo como estaba y que compraran los repuestos que hacían falta entre el día siguiente y el sábado, que él volvería el domingo. Ana apagó las luces de la zona de lavado y acompañó al trabajador hasta la entrada.

Al día siguiente todo siguió igual. R. estuvo con las cerdas apretadas entre las muelas y los ojos quietos en el ventanal hasta que escuchó a su mamá caminar con las llaves hacia la puerta principal. De inmediato reaccionó y bajó la mirada. En un solo envión sacó el agua suficiente para enjuagarse la boca y quitar la espuma del cepillo. Se remangó el pantalón del uniforme hasta que

las botas le quedaron en las rodillas, trepó al lavadero y, poniéndose en cuclillas, echó el cepillo en el vaso ubicado en un extremo de la ventana. Luego, R. se estiró y, tocando el techo con la cabeza, ancló de nuevo la mirada en la cima de la montaña que cercaba el otro extremo de la ciudad y que apenas se asomaba sobre el muro del patio. La luz pálida que hacía guardia sobre la montaña le iluminaba tímidamente los ojos como si esperase el mínimo des-piste del chico para abalanzarse por completo sobre el valle que los separaba.

—¡Vamos, vamos! Que llega tarde —le gritó doña Ana desde alguna parte en el interior de la casa.

—Ya, ya voy, —dijo R. y saltó al piso.

Al regresar del colegio, R. se sentó en el comedor y quitó el plato protector del almuerzo. Con rapidez casi rabiosa comió todo y corrió a la parte trasera de la casa. El sol iluminaba el escenario que usó al alba. Ahora R. podía ver al frente, acomodándose entre los tonos verdes del macizo, pequeñas edificaciones como granos naranja que formaban una tilde sobre el muro del patio. Se quitó la camisa y siguió lentamente con el resto del uniforme sin desenfocar la mirada de la punta de aquel caparazón de ladrillo con el que se armaba la montaña.

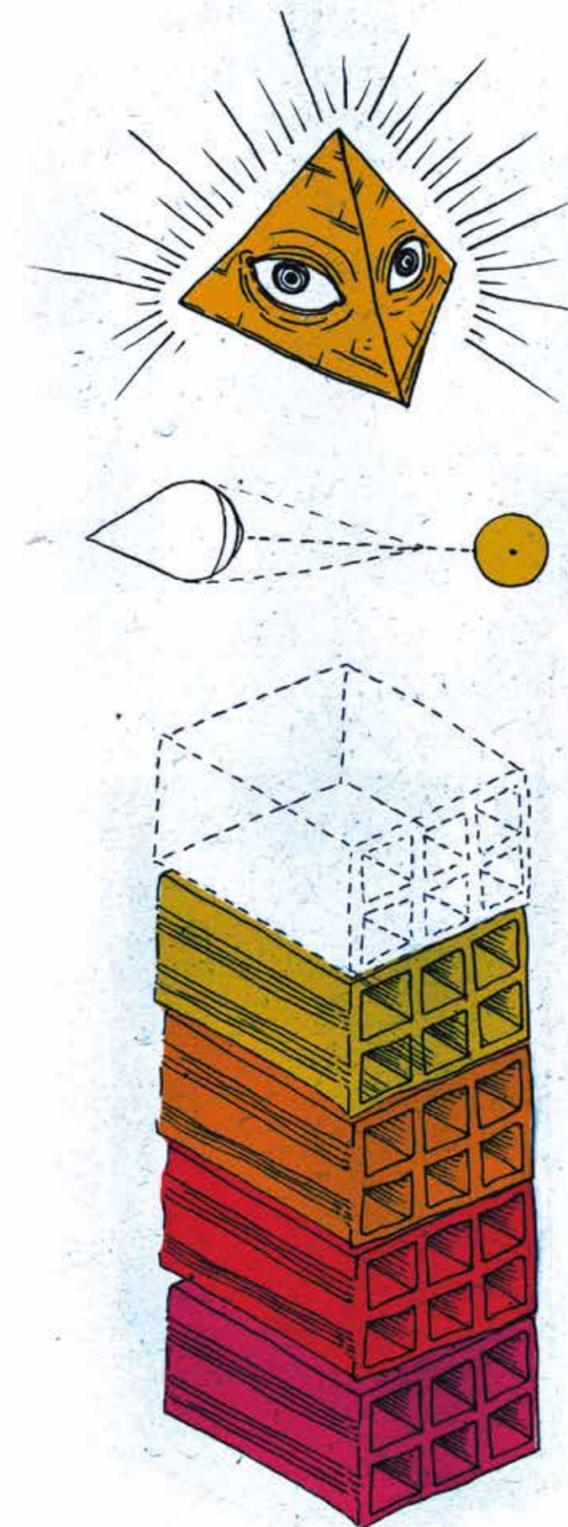
—¿Sí se lo comió todo?

—Sí, má. Y sí lo voy a lavar. Espere reposo.

—Que no llegue la hora de comer y eso ahí sucio —advirtió Ana, ya de espaldas, caminando hacia el pasillo.

Inmediatamente desapareció, R. tensionó los brazos sobre el lavadero e impulsó los pies hasta caer en la pendiente. Acomodándose en la columna que separaba el tanque de la piedra para estregar se entregó de nuevo a la contemplación. ¿Ese cacho siempre ha estado ahí?, ¿si siempre ha estado ahí, necesitaba montarme acá para darme cuenta?, pensó. El atardecer siguió alejándose, bordeando las nubes de naranja y haciendo quedar al verde como un azul mugriento.

Ni la noche ni doña Ana dieron espera a las respuestas de R. Cuando ya él hacía un rato había abandonado su tribuna, la madre encendió la luz de la cocina.



—¡Yo sabía!

—Ahh... Ya, ya voy. Si no me acordaba.

—Usted qué. ¿Qué le pasa? Hoy deje así, pero mañana sí le toca.

A la mañana siguiente R. despertó confundido. Fue al baño y luego de orinar llegó al lavadero a mojarse las manos; no tardó en empezar de nuevo a usarlo como palco. El sol se encontraba más cerca de la parte superior de la ventana que de las montañas al horizonte. Se impactó por los tonos realzados de la montaña. En medio del caparazón naranja ahora había cristales que, como en competencia con el sol, cegaban al que pasaba la mirada desde la colina donde se encontraba R.

El silencio de la casa fue interrumpido al medio día cuando la cerradura de la puerta del patio sacudió todo el óxido que resguardaba. Con el sol calentándole el cuello como si tuviera piel a piel el estómago de una bestia, R. avanzó por el patio y con la cabeza tiesa se quedó mirando el palmo del muro que lo rebasaba. Ya no era reflexivo.

Ahora la cuestión era que el muro no continuara siendo un obstáculo. R. se dirigió a la cocina por una butaca y la puso contra el paredón. Intentó asomar los ojos luego de impulsarse con las manos pero no fue suficiente. Bajó y trajo una silla de plástico donde las cuatro patas de la butaca quedaron inmóviles. Tanteando poco a poco con los pies logró llegar a la cima.

Montado ahí vio que la armadura de ladrillo que lucían las montañas era mucho más grande de lo que alcanzó a imaginar. Incluso presintió que llegaba hasta los cimientos de la colina y le pareció anodina la visión al ser interrumpida por las azoteas y tejados que del muro hacia abajo se edificaban. De un salto, que hizo vibrar la silla que le sirvió de impulso, R. consiguió quedar con los pies alineados en el lomo de los ladrillos. De inmediato vio cómo la arena naranja que bajaba por la montaña se dividía en varios canales y penetraba en la planicie. Elevó la cabeza hasta dejar los ojos alineados con el sol y extendió los brazos a los extremos como si tuviese control sobre cada uno de los techitos que desde sus pies bajaban hasta el valle y subían a las montañas de enfrente. En ese momento supo que entre más alto fuera más comprendería.

Un mapa de mi barrio

Por **Sonia Alejandra**

Ilustración: **Tobías Arboleda**

Cloc. Cierra la puerta. Ahora Sandra, de baja estatura, cabello negro y temperamento fuerte según sus familiares, está en la acera de su casa dispuesta a dar un paseo en bicicleta por el barrio Guayabal. Su mirada aún no ha sucumbido a la miopía que suele tomar protagonismo cuando llevamos mucho tiempo en un lugar e ignoramos su mundo de detalles.

Son las once de la noche de un lunes festivo, Sandra se encuentra bajo el dominio de la noche nublada y de la ciudad aparentemente vacía y en una calma extraña. Se le ha antojado fumarse un porro fuera de casa sin importarle la cantidad de tareas pendientes para la semana que se aproxima, aunque a decir verdad, el destino de sus tareas iba a ser el mismo si se quedaba: no realizadas.

Las últimas semanas en la ciudad han sido bastante calurosas, y su barrio, por estar ubicado al lado del río y ser una zona industrial, tiene una temperatura infernal en comparación con el resto. Para Sandra, dormir en las noches durante los días de “verano” es imposible, por eso necesita hacer salidas nocturnas para disfrutar del viento y refrescarse un poco.

Sandra siempre ha creído que los mapas son más que el simple dibujo de un territorio dividido por fronteras, en el que se incluye información sobre suelos, ríos, carreteras... Considera que con los mapas se puede hacer una apropiación íntima de los territorios; también, que las divisiones y los límites los puede poner cada quien a su antojo, según va conociendo los lugares. Piensa en el barrio donde ahora vive y recuerda uno de los primeros impactos que tuvo cuando llegó a Campo Amor: todos los días, entre las tres y las cuatro de la tarde, el barrio se perfuma con un intenso olor a galleta caliente. Al principio le encantaba, luego la hostigaba, hoy en día no lo siente. Mapas, fronteras, olores. Tres categorías que la hicieron pensar en la idea de recrear una cartografía de olores en su barrio dejándose llevar por los aromas.

Antes de empezar su recorrido toca sus bolsillos y revisa que no le falte nada: llaves, tres mil pesos y una candela. Se monta en la bici, da dos pedaleos, gira a la derecha y luego a la izquierda. Prefiere evadir la conocida “calle ancha” porque está llena de policías acostados que no la dejan rodar a la velocidad que a ella le gusta. Sandra atraviesa su barrio en una suerte de zigzag y ahora se encuentra en la carrera 65, sin carros a esta hora. Unos cuantos recicladores caminan por los andenes, los reconoce porque llevan a cuestas sus grandes costales repletos de botellas, cartón, latas, vidrios y demás cosas inútiles que ellos encuentran útiles. Cruza la calle y coge la absurda ciclo ruta mocha que la deja en el aeropuerto, continúa su marcha, atraviesa la biblioteca Manuel Mejía Vallejo y se encuentra en la entrada del barrio Antioquia.

Sandra sabe que el barrio se llama Trinidad, conocido en el bajo mundo como barrio Antioquia o en su versión abreviada “el barrio”. También sabe que a la mayoría de los habitantes de este sector no les gusta, y es casi una ofensa, el nombre de barrio Antioquia, debe ser por el estigma que tiene y

la herencia de Pablito, deduce Sandra, aunque no le ve ningún problema al nombre, quizá porque no conoce a fondo su historia. En cuestión de nombres le parece peor Barrio Triste. ¿Qué tipo de cosas tuvieron que haber pasado en un lugar para que en su nombre lleve la palabra triste?

No le da más vueltas a este asunto y continúa la marcha. De repente la hace reaccionar el chillido del freno en seco de una moto. Por poco es atropellada, no le da importancia, mira al motociclista, permanece tranquila y logra cruzar la calle con éxito. Ve a unos tipos parados en una esquina, están en corrillo y una nube de humo los difumina, reconoce sin dificultad la fragancia que envuelve las calles, se le hace agua la boca, acelera el paso, gira a la derecha y en mitad de la cuadra está la casa donde acostumbra abastecerse de yerba.

Afuera hay dos hombres recostados en la reja, Sandra se acerca. No hay necesidad de saludos ni formalidades, entre más concreto y rápido sea el cruce, mejor. Uno de ellos, el más viejo, le entrega una bolsita, ella le da un billete de mil y arranca en su bicicleta. Se dirige al parquecito que hay después de las canchas de micro. Aunque a ella, la verdad, le gusta más el que está al lado de la iglesia, tiene unas bancas más cómodas, pero una vez unos manes del barrio la hicieron ir de ahí porque no está permitido fumar marihuana en ese lugar. No entiende la hipocresía pero sí entiende que por supervivencia es mejor respetar las reglas de la calle.

Llega al parque que aún no ha sido víctima de “Medellín Innovation” y conserva su esencia: muchos árboles, pocas luces amarillas, unos cuantos deslizaderos, mataculines, un pasamanos y unos cuantos columpios; todo con su pintura gastada y deteriorado por el agua, el sol y el uso. Parquea su bici al lado de los columpios y se sienta en uno, saca dos moños de la bolsita, los rasca mientras se mece, frena porque es el momento de armar el porro y hoy está más temblorosa de lo habitual. Logra su cometido. En ese instante un perro empieza a correr por todas partes, va y viene, se persigue la cola. Ella se ríe porque se identifica con el animal en sus momentos de indecisión y cuando no sabe hacia dónde ir. De pronto, escucha un grito, “¡Killer vamos ya!”. Es la dueña que llama al perro montada en su moto. Sandra se pregunta asombrada, ¿saca a pasear su perro en moto? Es el colmo de la pereza. Por su parte, Killer no se da ni por enterado, anda escarbando el suelo y olfateando todo. “¡Vamos pues!” arremete la dueña. Sandra se ríe, sabe que el cachorro nunca va acudir al llamado ¿Quién va a ir a aguantar calor encerrado en una casa? Mientras la ama acosa a su perro, Sandra aspira, el humo invade su boca y recorre su cuerpo por dentro, exhala. La mujer no ha podido atrapar a Killer, resignada y perezosa tiene que bajarse de la moto a perseguirlo. Muy oportuno aparece en escena un gamín y la mujer le ofrece plata por atrapar el perro. Él, después de corretearlo y reírse un rato, tampoco es capaz, pero al menos se divirtió jugando con el perro por unos cuantos pesos. Al final, Killer arranca a correr y la mujer tiene que coger su moto para salir tras él.

Sandra ya está incomoda en el columpio, le duele la nalga y tiene la boca seca. Desea una pola bien fría, se imagina el primer trago y se saborea, pero no sabe dónde conseguir una a esa hora. Recuerda la idea con la que salió desde su casa y agudiza el olfato, coge la bicicleta y arranca.

Sandra rueda por la avenida Guayabal en busca de una tienda. Ni un alma. Las carnes de la glorieta ya las están cerrando. Agradece porque el humo y el olor a chorizo y carne con carbón le producen malestar, a pesar de que no es vegetariana. También agradece poder disfrutar la avenida vacía de carros, sin el agite con el que se viste todos los días. Sigue su marcha y un olor fétido a orín le avisa que ha llegado al parque de Cristo Rey. Pasa rápido junto al árbol que emana el olor impuesto y mira el parque. Al fondo, su iglesia gris no se ve poderosa, puede pasar desapercibida, en especial cuando el parque se llena de juegos infantiles, vendedores de comida rápida, obleas, crispetas, empanadas, gente conversando, niños jugando, parejas besándose...

El semáforo ha cambiado a rojo, no importa, la calle está vacía y Sandra se dirige al puente de la 4 sur. No ha encontrado una tienda y ha perdido la esperanza de hacerlo, el antojo de pola tocará saciarlo en otra oportunidad. A diferencia del parquecito del barrio, la calle de Cristo Rey que se comunica con el puente sí ha sido víctima de “Medellín Innovation”, está llena de luces blancas, las aceras color gris claro resplandecen, además, tienen unos delicados y decorativos jardines, todo muy “impecable”. Pero como no falta el mosco en la leche, entre toda esta limpieza se sigue moviendo el mugre de la ciudad. Mientras Sandra pasa, los muchachos de las esquinas cruzan la calle, miran para todas partes, revisan sus escondites, el visaje es evidente. Mejor sigue su camino, no vaya a ser que se gane un problema. De repente se le escapa un “¡fooo, hijueputa!”. Las alcantarillas apestan más que todos los días, mortecina pura.

En el puente, Sandra divisa la ciudad, desde allí las luces a los lados del río se pierden en su profundidad. El viento la despeina y ya no tiene calor. Observa cada fábrica y piensa en su idea de los olores, los compara y concluye que Colcafé es la más grande y olorosa, se puede estar a cuerdas y el aroma a café se siente en su intensidad. Pensando en olores fuertes recuerda Bocadillos El Caribe, otra fábrica, que no logra ver desde allí pero que con su dulce perfuma la avenida Guayabal y el camino de muchas personas que a diario transitan por ella.

Entonces, ¿a qué huele Guayabal? De sur a norte, huele a bocadillo dulce, a café, a alcantarillas con mortecina; a tocineta, empanada recién hecha y orín en el parque de Cristo Rey. Campo Amor se hostiga y se pierde en sus fragancias a galleta caliente en el día y a carne con carbón en la noche. “El barrio”, sumergido en su nube, huele a humos de marihuana, menos al lado izquierdo de la iglesia, donde huele a cristo resucitado al tercer día, a grasa de talleres y a gasolina regada.

Pero hay olores que no se pueden sectorizar, como la ciudad, Guayabal huele a polución, al sudor de los niños jugando y al sudor de los grandes trabajando, huele a olla pitadora con sopa de lentejas, a tajada de maduro frita y a cerveza derramada. A Sandra su cartografía no le resultó como esperaba, todo es una melcocha, todo está revuelto. Para algunos olores no hay límites y otros están delimitados, unos son característicos de un lugar y otros están en todas partes.

Se siente cansada y es hora de volver a casa, aún está mareada por el porro y debe aprovechar el mareo para dormir profundamente sin que el calor le estorbe.



Un recorrido con Lemmy

Por Jose David Sánchez Gómez

Ilustración: MariaP Restrepo



Miro a la negra a los ojos, me acerco, respiro profundo y pruebo su aliento. Ha llegado el momento, darle prórroga al asunto es perder el tiempo, sabemos lo que queremos y las condiciones son perfectas para hacerlo.

Sábado de tarde calurosa, el cielo desnudado de sus nubes impone el azul sobre la ciudad. La brisa que entra por la ventana del cuarto me acaricia la piel, seduciéndome, me susurra al oído, quiere llevarme con ella. Suspiro y sin pensarlo dos veces camiseta, mochos, zapatos y morral están puestos. Busco la correa de Lemmy sin éxito, poco importa, ella sabe andar suelta. Salimos de la casa a las cuatro y media de la tarde, seis kilómetros de caminata nos separan de nuestro objetivo al occidente de la ciudad, donde alrededor de las seis un coloso dará un espectáculo no visto en meses.

Lemmy es una perra negra, barbuda, vagabunda y un poco malhumorada, que me encontré hace un par de años en una esquina del barrio Laureles. Fue ella la que me enseñó a caminar, olfatear, observar, sentir y descubrir de nuevo la ciudad. Para ella atravesar la urbe a pata limpia es apenas un calentamiento y, a esta hora que el sol es más amable, camina como sonriendo y voltea a mirarme cada tanto moviendo la cola de un lado a otro.

Mi casa queda en San Pablo, el barrio circundado por la prisión de animales exóticos al norte, por el incesante desfile de autos frenéticos al oriente y al sur, por las enormes cajas que albergan máquinas y humanos autómatas controlados por el tiempo y el dinero. Por último, en el costado suroccidental está el legendario lugar donde en cada esquina se consigue, a buen precio, cualquier cantidad y calidad de sustancia ilícita desecada. Temido por unos y

amado por otros, Lemmy y yo caminamos tranquilos por el corazón de este sitio. Mi experiencia me permite afirmar que el barrio Antioquia es el más seguro de Medellín. Por sus calles disfruto el ambiente que se respira en las tardes, allí se está como en un universo donde las leyes no aplican. Como es sábado, no es raro ver niños manejando moto y gente obesa en bicicleta que va de aquí para allá, buscando un bocadillo o un baretillo.

Vamos ya por la parte que linda con la pista del aeropuerto Olaya Herrera, donde el imperio del lavado de autos, buses y camiones ha conquistado un carril de la avenida. Los rayos del sol se van poniendo dorados a medida que el astro se acerca a las montañas. Llegando a la 30, debajo de unos árboles, vemos dos sujetos de ropas harapientas, Lemmy toma su distancia para olfatearlos, utilizan una cédula para picar una sustancia blancuzca que al inhalarla inundará sus cerebros con dopamina y les calmará la evidente ansiedad que los domina en este momento.

Después de cruzar la 30, entramos en un territorio donde respirar se hace más placentero. La quebrada La Picacha está dominada por seres elevados que se rehúsan a la autodestrucción y la egolatría. Son los productores del pan y el aliento diario y nos reciben con una sombra fresca y un par de mangos pintones que cuelgan invitándome a probarlos. Cojo un palo, cual vagabundo hambriento, para hacerme a los frutos, pero fracaso. Me toca trepar, hago uso de los genes de simio que llevamos ocultos tras las ropas que nos disfrazan y con presteza me las arreglo para alcanzar los maravillosos mangos. Más adelante sé que hay un árbol de limones pequeñitos y anaranjados, los más ácidos que yo haya probado. Ellos son mi siguiente objetivo.

Subiendo por la canalización hay un sendero que serpentea junto a la quebrada. Lemmy, acostumbrada a caminar sin correa, disfruta adelantarse para olfatear, explorar y buscar tesoros escondidos en la vegetación. Sus hallazgos varían entre palos, paquetes de papitas o cualquier mecato, pedazos de arepa, papa rellena o incluso gamines durmiendo entre los arbustos. El hallazgo de hoy es un poco diferente: el cadáver destazado de un viejo gomero cuyas hojas formaban un techo sobre la calle yace apilado en forma de pirámide al lado de su hermano. Lemmy olfatea con cautela los restos, baja la cola y me mira. Me detengo para observar el crimen, huele fresco, toco la goma que segregan los troncos fracturados, aún sigue líquida.

Más arriba, cruzando la avenida Bolivariana encontramos el limonero, está repleto de esferitas naranjas hiperácidas. Sonríe mi alma mientras trepo. ¡Comida gratis! Lemmy me ladra y mueve la cola viendo cómo me lleno las manos de limoncitos. Los meto en el morral junto a los mangos para que se vayan conociendo, junto con el salero que encontré un día entre los restos de un picnic en Ciudad del río, y que nunca saqué de la maleta.

Continuamos hasta un parquecito más arriba donde nos refrescamos un momento, tomamos agua y nos adentramos en Laureles por la vieja 80. Donde esta avenida se encuentra con la calle 33A hay otro limonero que da jugosos limones amarillos, tan grandes como naranjas y de un sabor único “ácidulgo” (ácido, dulce y amargo). Pero este árbol tiene el tallo repleto de grandes espinas, lo que para el recolector inexperto puede suponer un tremendo obstáculo en la búsqueda de comida sin costo. Aprovecho aquí para agradecer a mis maestros los gamines, quienes me enseñaron este arte sutil de esquivar agujones: observo los frutos en lo alto, desenmaraño el entretejido de ramas y espinas desde las hojas hasta la base, para escoger la menos peligrosa de aquellas, la agarro firme pero cuidadosamente con las manos,

le hago señas a Lemmy para que se aparte y con una carcajada que se me escapa entre los dientes, agito el árbol con fuerza hasta que llueven limones. Solo el orgasmo se compara con este momento. Lemmy se acerca con interés mientras recojo los frutos, los olfatea, muerde uno con delicadeza y resopla por la nariz. Abro la maleta, saludo a los pequeños y les presento a sus nuevos compañeros para que les abran paso a estos limonzotes que superan en tamaño a los mangos.

El sol pinta ahora el sábado con tonos ligeramente más rojizos. Un avión en lo alto deja una nube tras él que, en vez de difuminarse y desaparecer como la condensación corriente, empieza a expandirse por el cielo casi perfecto que dominó durante el día, convirtiéndose en una extraña bruma que lo empalidece.

Una extensa variedad de enormes ancianos de madera cuya sombra hace las calles más frescas nos acompaña a lo largo del barrio Laureles, edificado hacia lo alto. Evadimos el tráfico y nos extraviamos brevemente entre las circulares y transversales características de esta parte de la ciudad. Vamos a parar a la avenida Nutibara, dos cuadras abajo de San Juan. Van siendo las cinco y media, apuramos el paso trotando para llegar a tiempo y no perdernos el espectáculo.

Rápidamente cruzamos San Juan y tomamos la 79D que se alza sobre la 80 y luego desemboca en ella. En menos de diez minutos estamos en la estación Floresta del metro.

En el barrio Calasanz, exactamente en la calle 49F con carrera 81B se alza un gigantesco cactus San Pedro, con más de treinta flores de veinte centímetros de largo y de diámetro. El coloso está junto a una casa blanca de arquitectura redondeada y muchas curvas que resaltan entre los cubos convencionales.

Después de que los españoles enseñaron el castellano a los incas que habitaban al norte de Perú, se llevaron a algunos nativos a Europa, donde tendrían que aprender la religión católica, sus símbolos, historia y rituales.

El interés de los extranjeros no se limitó a la búsqueda de oro, plata o minerales. La frondosidad y diversidad de estas tierras dejaba atónitos a los invasores, despertaba su curiosidad y ansiaban conocer acerca de la abundante vida que componía estos parajes. De vuelta en casa, aquellos que se llevaron para enseñarles las maneras europeas sirvieron como intérpretes para los españoles. En un momento se encontraron con una plantación de imponentes cactus, sagrados para las gentes que habitaban Los Andes, pues con los tallos de esta planta preparaban un bebedizo llamado “Huachuma” que, según ellos, “abre las puertas del cielo”. Los extraños preguntaron por el nombre de esta especie. Los nativos respondieron: Ese es San Pedro.

A lo largo de las laderas occidentales proliferan los San Pedros. Escogí el más florido para disfrutar a la tenue luz del atardecer las delicias que recogí en el camino. Las saco del morral junto con comida y agua para Lemmy; ella toma más de medio litro y come poco. Con el agua que queda le pego una lavadita a las frutas, les entierro el diente para sacarles la cascara y echarles una pizca de sal. Los San Pedros abren sus enormes flores en la noche, justo después del atardecer mientras que la luna llena se asoma por Santa Elena. El olor que sale de ellos es amargo como la mezcalina contenida en su interior. Me siento junto a Él, Lemmy se echa a mi lado y por más de cinco minutos no pasan carros. Aprovecho el silencio para contemplar la inmensidad de este momento. Y sonriendo desde el alma agradezco a quienes siembran frutales y San Pedros.

Postales desde la Minorista

Por **Daniela Ramírez García**

Ilustración: **Tobías Arboleda**

Desde la ventana de los buses he llegado a sentir que vivo en varios mundos. Muy adentro, en mi propia mente, bajo reflexiones profundas que me producen caras que se deben leer extrañas para quienes se están subiendo al bus: la sonrisa ingenua a la nada o quizás el entrecejo fruncido con extrañeza. La sensación de comunidad con los extraños que están en el mismo bus, porque se es donde se está. Y hacia afuera, la sensación ridícula y ficticia de la omnipresencia, que permite observar desde la no-comodidad de mi asiento, bajo la protección del acelerador del conductor.

De martes a viernes recorro los mismos escenarios que pasan de largo como los otros que recorre el Circular Coonatra, todos los días, todas las lluvias, todos los incandescentes soles. Esta es la recopilación de algunas escenas, momentáneas, que he logrado captar pasando por el fragmento más colorido de ese trayecto del Coonatra: la Minorista.

Martes. 5:48 a.m.

En las mangas aledañas a la plaza hay un par de carpas. De una azul, pegada a un árbol, se asoman no un par ni dos pares, sino cuatro pares de pies que junto a la carpa logran moverse rítmicamente. ¡Buenos días, humanos!

Martes. 12:28 p.m.

Una hilera de carros por delante, otra a la izquierda, a la derecha la vía en construcción. Suenan pitos y gritos. Un hombre alto, delgado y moreno pasa caminando junto a una perrita mona, con las orejas en punta bien paradas y las téticas caídas. Los une una cuerda rosada con rojo. Ella lleva en el hocico una coca azul que cuando suelta el hombre le vuelve a entregar para que la lleve, mientras con los brazos hace ostentosos movimientos circulares, resultando una especie de baile hipnótico que parece no tener sentido. Al menos ella entendió y, de inmediato, con el objeto en la boca sigue caminando. Él le habla a su perra, ella lo mira de tanto en tanto. Se pierden en las mangas hasta que dejo de verlos. El bus aún no sigue su camino.

Miércoles. 9:27 a.m.

Un hombre en el piso, un costal diseccionado por la mitad y policías alrededor como buitres esculcando. Todos miran perplejos. ¡La justicia en acción! ¿Acaso la justicia llegó a ofrecer pan a ese hombre alguna vez? Uno de los hombres de verde lo pateo. No logro contenerme. Exploto. Y desde el bus grito: ¡Ey, eso no! Ahora todos me miran. Tampoco seré yo la que libere a ese hombre. El bus sigue. Ojalá mis mejillas se calmen con otros parajes.

Miércoles. 3:40 p.m.

Una mujer pequeña, de tez negra y cabello ensortijado, va con un saco puesto y otro más enredado en la espalda; también lleva dos pantalones, el

primero un jean y el segundo una bermuda verde. De zapatos un par de crocs negros. Se detiene frente un hombre que se dispone a pagar una malta y algo de parva en la cafetería que queda justo después de los cubículos donde funcionan las barberías. Ella extiende el brazo y señala los pandequesos, la remendada mujer pide uno al señor y él la mira. El tiempo se detiene. El bus acelera. ¿Se lo habrá dado? ¿Estaría calientico y recién salido del horno? ¿Qué sabor tendría la mujer en la boca?

Miércoles. 6:20 p.m.

Hoy juega Colombia. Paso caminando. La mugre se siente mucho más en la cara, como si hubiera más humo, como si hubiera más afán y menos gente. ¿Será por los buses afanosos, conducidos por los expectantes conductores de buses con miras el partido? Todo alrededor parece más calmado, en realidad solo están guardando el caos, atragantados por la ilusión de la victoria. Cada cubículo de barbería tiene un cliente en la silla hoy. Al unísono todos los cuartos suenan a pre-partido: comentaristas, pitos, silbidos y mensajes publicitarios que pretenden reunir al país bajo el abrazo de una marca como Bancolombia. ¡Bulla, bulla! Hoy huele a cerveza y guaro. Hay más abrazos, más sonrisas por toda la calle. Copas que brindan antes de que la faena comience. ¡Qué increíble lo que logra el fútbol!

Jueves. 5:32 a.m.

De las mangas emerge una figura delgada. Es una mujer joven, se le ve pálida y desnuda. Camina tambaleándose, mirando su entorno como si acabara de nacer, da un par de pasos y se cae. La veo de lejos, pero no soy la primera, un carro gris ya se ha detenido y un hombre se baja de él. ¿Qué debería de hacer yo? Pienso lo peor. El bus va muy rápido. No alcanzo a reaccionar.

Jueves. 9:52 a.m.

Hay un accidente. Un busero, un policía y un señor de traje, propietario de un carro, conforman un triángulo que discute. Se ve un vehículo sin uno de los espejos, azul y compacto, está en diagonal con uno de esos buses color guayaba que llevan a Bello. El altercado, que dibuja venas marcadas en la frente del señor de traje, dilata el tiempo, retrasa los carros. Ninguno parece darse cuenta de lo que pasa alrededor; el sentimiento propio adelgaza el ajeno.

Viernes. 9:40 a.m.

En una esquina hay un señor sentado en el suelo, las rodillas al pecho y un libro de Marx frente a él. ¿Copias acaso su estilo también? Otro se le acerca, estiran los brazos y se saludan. Hoy también voy caminando, he mirado mucho, ahora ellos me miran, ¿qué podrán ver?, ¿conservarán la imagen de una transeúnte que conservará la de ellos?



Viernes. 12:50 p.m.

Huele a mango maduro, tomate de árbol y bananos. El sol, que está en todo su esplendor, hace que los colores brillen más, hasta las descoloridas ropas de unos de niños que ayudan a subir un mercado a un taxi y se miran de reojo con una mujer que pasa en chor y top rosados, que mira a su vez a un señor que espera el bus con nerviosismo y le devuelve la mirada a la mujer de rosado que sigue caminando y, al intentar cruzar la calle, mira a un hombre que, sin mirar a nadie, sostiene frente a su nariz una botella con contenido amarilloso y pegajoso mientras se tambalea un poco, como si fuera a caerse ante la manada de elefantes mecánicos que podrían pisarlo. Al fondo está otro señor, uno que siempre vende ajitos criollos, lo miro y me mira, le sonrío. El bus sigue.

Viernes. 10:06 p.m.

Pasa alguien muy cerca del bus y no puedo establecer su edad, no sé si es un niño, un joven o un adulto con rasgos muy suaves. Pero la cercanía me permite detallarlo bien: moreno, con parches de grasa sobre el rostro, los ojos rasgados al final, del color de la miel y la paja, la boca suave y de tono morado, la nariz chata y el cabello ondulado y del mismo color que los ojos; en donde debería estar su ceja izquierda tiene un herida que cicatriza, que matiza entre rojo y un tono más claro de piel. Es hermoso. Pero eso, al fin de cuentas, no sirve de nada. En la cara prima una expresión de profundo dolor. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué puedo hacer? ¡Maldita actitud Blasé! El bus solo seguirá y probablemente no te vuelva a ver como a muchos otros que he visto desde la ventana del bus o de paso caminando. Te deseo buena vida y buena muerte. ¡Hasta luego!

¿Han visto el cuadro *Combate entre don Carnaval y doña Cuaresma* de Brueghel, el viejo? La Minorista podría ser la versión actual de ese lugar que quién sabe si existió realmente en alguna parte de los Países Bajos del siglo XVI y en el que las miserias y deformidades humanas se muestran sin compasión. No hay que ir a un museo a ver la realidad, basta con caminar o montar en bus, porque el metro, desde sus elevadas instalaciones, ofrece una panorámica turística muy distinta a la Medellín que a diario sufre y suda al nivel del piso.

Los marcos de las ventanas de los buses Coonatra se convierten en pantallas que muestran lo que otras pantallas no. Son necesarias para esta generación rodeada de recuadros luminosos por todas partes, que ha olvidado que la realidad se huele, se siente en la piel y pica en los ojos.

Doble sepelio para Andrés

Por **Mary Luz Restrepo Gaviria**

Ilustración: **Elizabeth Builes**

Te ha pasado alguna vez que al volver a un lugar te encuentras con algo muy diferente de lo que recuerdas? Eso le ocurrió a Isa. Al volver al cementerio, ocho días después, sus ojos ya no estaban inundados de lágrimas y a pesar de que su dolor seguía latente no era tan fuerte como para cegar sus pasos.

El cambio de perspectiva desde que el cuerpo de su abuela yacía en ese lugar, la hizo cambiar de teoría: el cementerio no es un lugar escalofriante como lo muestran en las películas de muertos vivos. Tampoco es como en los dibujos de Scooby Doo: unas cuantas lápidas en medio de la nada donde de vez en cuando sale un fantasma. Mucho menos lo es un cementerio como el de San Pedro, de donde, si fuera posible, los muertos saldrían a comer salpicón o a chupar Bonice en la entrada, y rematarían sus penas en el café-restaurante-cantina de la esquina que cambia de servicio dependiendo de la hora. Podrían también ir de tour por todo Medellín, en metro o en metrolús. Además, disfrutarían de la fusión musical de fondo, gracias a que en las casas aledañas se complacen todos los gustos: vallenato, guasca, reguetón. Este panorama terminó cuestionando a Isa, ¿en un lugar así, realmente un muerto puede descansar en paz?

Tal vez por tener la mente tan entretenida, ocurrió que al intentar proseguir con su visita, después de ingresar al cementerio, Isa se desubicó totalmente. No recordó cómo llegar a la tumba de su abuela. Le pareció increíble cómo una multitud fue dirigida por cuatro personas que llevaban un ataúd, subió o bajó escaleras, volteó a la derecha o a la izquierda, sin que ella misma hubiera sido consciente de cuál era el recorrido. Menos mal, su madre estaba al otro lado de la calle comprando las flores preferidas de su abuela.

Isa tiene veinte años, es amante de las matemáticas, observadora y analítica, pero en el fondo es una romántica idealista: cree en finales felices como en los cuentos de hadas, en príncipes azules y en el amor eterno. Aún trata de encontrar una ecuación lógica de la vida, pero se le ha hecho difícil porque, en los últimos días, se ha enfrentado a situaciones que la confrontan con la cruda realidad. El novio con el que llevaba dos años decidió darse un tiempo, porque se encontraba confundido, y con la muerte de su abuela se dio cuenta, aún más, de que nada dura para siempre, mucho menos las personas. Estos sucesos la llevaron a la conclusión de que la vida no puede ser plasmada en una sola ecuación, no hay igualdad, las variables son muchas y la incógnita no siempre se resuelve.

Con el transcurrir de los días, la visita a su abuela se convirtió en un paseo dominical que aprendió a disfrutar y utilizar para escapar de la rutina. Al visitar continuamente el cementerio dejó de verlo como un laberinto con grandes paredes que albergaban muertos, y comenzó a percatarse, en su recorrido, de los objetos que adornaban las lápidas: fotos, flores, mensajes y lo

que al parecer no podía faltar era el escudo del equipo deportivo como parte de la decoración; no era extraño ver un hincha de un equipo junto a un rival, sin que alguno de los dos pudiera renegar ni una sola palabra. Las lápidas olvidadas también hacían parte del paisaje, por su fondo gris, opaco y sepulcral, desentonando con aquellas otras a las que no le cabía un adorno más.

Entre todas esas lápidas hubo una que llamó su atención desde el primer día. Estaba enseguida de la de su abuela y aunque Isa trataba de ignorarla, detenerse en ella se le hacía inevitable. Tenía una fotografía que dejaba ver unos ojos brillantes y unos labios sensuales. El joven que estaba ahí fue muy apuesto en vida, lástima que ya era comida para gusanos.

La abuela de Isa estaba en la parte de abajo de la pared, la familia quiso ubicarla ahí porque era más fácil cambiarle las flores y rezarle. A pesar de ser cinco los huérfanos, solo uno de ellos convivía con ella, los demás tenían sus propias familias. Parte de la rutina de Isa era encontrarse con varios tíos junto a la tumba, rezar el rosario y luego compartir las últimas novedades familiares. Además de cambiarle las flores a la difunta, también solían cambiar las fotos, las estampillas de santos, las dedificaciones con mirellas o las tarjetas con sonido. Como por arte de magia o por ser el hombre un animal de costumbres, con todo este protocolo el dolor iba mermando, así como para Isa se iba volviendo cotidiano frecuentar a los muertos, hacer recorridos y ver fotografías de cómo eran cuerpos y caras antes de llegar allí, antes de volver a ser polvo.

Con el tiempo el cementerio pasó a ser un lugar tan ameno que Isa se familiarizó con los vecinos y sus visitas. Por ejemplo, el vecino de la derecha de la abuela era un joven de quince años que murió por pasar una línea invisible en un barrio en conflicto; siempre iban a visitarlo su madre y su hermana gemela, víctimas en vida de un crimen sin justicia, pues, según ellas, el joven no pertenecía a ningún combo.

La vecina de la parte de arriba era María, a quien nadie visitó durante el tiempo que Isa fue a ver a su abuela. Una vez Isa escuchó decir que según las creencias de doña María y su familia, al morir, el alma sale para otro lugar a esperar el juicio final, mientras que el cuerpo terrenal pasa por el proceso natural de descomposición, una situación a la que no le veían algo tan extraordinario como para visitarlo y ponerle flores.

Al lado izquierdo estaba Andrés. El joven de la fotografía apenas había cumplido 28 años, lo decía la fecha grabada junto a su nombre. Él era quien robaba la atención de Isa; desde que subía las escaleras, aun desde lejos, su corazón empezaba a palpar más rápido. ¿Sería posible que él notara su presencia mientras ella se cuestionaba su ausencia? Aunque no fue fácil aceptarlo, Isa se obsesionó con él, se le iban los minutos observando la fotografía plastificada, imaginando por qué habría muerto. El brillo de sus ojos la



seguía hasta su casa. Fueron muchas las noches que pasó en vela a causa de tanto destello.

Poco a poco la sección de la que hacía parte la abuela de Isa se fue llenando de más inquilinos, porque eso son, pagan por adelantado su estadía por cuatro años y terminado el contrato ingresa uno nuevo. Pero nadie más se robó el corazón y la atención de Isa como Andrés.

En sus visitas, Isa se dio cuenta de muchas historias porque cada día había entierros, dedificaciones con radio o celular, desgarradores llantos y gritos, situaciones que la hacían paralizar al recordar el dolor por el cual ya había pasado. También vio peleas y cómo la gente corría a esconderse cuando alguien sacaba un arma y pretendía hacer tiros al aire como homenaje al difunto. En otras ocasiones le tocó ver la llegada de mariachis para decir adiós con clase, sin demeritar el trío de música vieja que cobraba por canción y que cada día de madres hacía su agosto.

Después de muchos meses de esperar que alguien lo visitara, Isa comenzó a ponerle flores a Andrés. No podía creer que alguien pudiera ser abandonado en ese lugar, así como doña María. ¿Habrán tenido la misma creencia? Por lo menos sus apellidos no eran los mismos como para creer que eran familiares.

Fue inexplicable lo que Isa llegó a sentir por el joven, un sentimiento alimentado por la impotencia de no saber quién era él, de dónde venía. Incluso llegó a imaginarse el tono de su voz, el roce de una caricia, un abrazo... Pasó noches enteras fabricando historias en las que estaban juntos. ¿Y si había sido su príncipe azul y no alcanzó a conocerlo en esta vida? ¿Existirá otra vida en la que tenga una oportunidad con él?

Pasado el tiempo, un domingo como cualquier otro, llegó Isa con su madre donde la abuela, pero desde lejos notó que la lápida de Andrés ya no estaba. Habían transcurrido cuatro años y él ya no era un inquilino más. Isa quedó con el sinsabor de no saber por qué había muerto, por qué nadie lo visitó; y lo más triste para ella era que ya ni la foto estaba.

Dos semanas después su abuela fue exhumada, y las cenizas guardadas en otro sitio. Fue entonces cuando Isa comprendió que debía hacer un doble sepelio de Andrés, dejar en el cementerio de San Pedro la imagen que guardaba en su corazón de esos ojos y esos labios, de un joven que a pesar de que ya no hacía parte de esta vida acabó haciendo parte de la suya.



Santa Cruz

No hay nada más difícil que escribir sobre el vecindario en el que vivimos, le escuché decir al escritor Juan Villoro. Sin darse cuenta, los participantes de este taller estaban en esa misión compleja de mirar lo siempre visto. Y lo hicieron. Se plantaron frente a su cotidianidad y accionaron sus sentidos. Despiertos ante el instante, concentrados en el aquí y el ahora, silenciaron la mente y, como esponjas de mar, absorbieron todo sin filtrar nada, dueños de la primera cualidad creativa: el asombro. Leyeron a otros escritores. Y leyeron sus propios textos. Los que escribieron luego de mirar largo rato por la ventana, dar una caminata por la cuadra o ir a la tienda a comprar cualquier cosa solo por quedarse un rato a escuchar y mirar. Leyeron lo que escribieron sobre su abuela amnésica; el primo que mataron en la esquina; el marido enfermo de celos. Leyeron, porque es imprescindible. Escucharon, porque no son los únicos. Supieron que no estaban en un taller para aprender a escribir, que ese oficio no se transfiere por ósmosis, no se halla en manuales ni en el testimonio de avezados maestros. Escribir, les dijeron, es consciencia de estar vivo, es querer narrar lo que eso significa.

Gloria Patricia García Torres

tiene 45 años y es ingeniera industrial. Asiste a un cineclub, hace artesanías, camina por el campo y recorre la ciudad en bicicleta. Le conmueve la abnegación de las madres y el sueño profundo de los recién nacidos.



Kelly Johana Arias Rojas tiene 18 y es bachiller. Define al barrio en la gente sentada en las esquinas, los gritos de los vecinos y los niños jugando en la calle hasta tarde de la noche. Está en clases de violín y de tenis de mesa. Quiere recorrer Europa en bicicleta.



Yésica Paola Negrete Vargas

tiene 14 años y cursa noveno grado. Ama la comida de su papá. Hay días en los que amanece con esta frase, de una canción de Los Auténticos Decadentes, pegada en la cabeza: "Enciendan los parlantes / surfea la nueva ola / no dejes que te atrape toda esa mala onda".



Marisol Rojas Ochoa tiene 26 años y es bachiller. En las tardes le gusta sentarse a leerles a sus sobrinos. En segundo de primaria empezó a visitar las bibliotecas; se iba sola para la sede Ratoncito Tin Tin, cerca de su casa, y allí se quedaba leyendo cuentos todo el día.



Lida

Por Gloria Patricia García Torres

Ilustración: **Mónica Betancourt**

El lunes pasado vi a Lida salir de su casa. Eran las once de la mañana cuando escuché el portazo y el chirriar cansado de la reja que separa el antejardín. Ese día, como todos los lunes, vestía pantalón oscuro ceñido a la piel, blusa y chaqueta negra. Sin esforzarme mucho pude observar el bamboleo de la cartera y los botines de mismo color. Pakita revoloteaba a su lado.

A su esposo lo recogió el bus de la empresa a las 5:30 a.m., y sus dos hijos, tomados de la mano, salieron a las 6:40 rumbo al colegio. Desde esa hora es que Pakita, su lora incansable, departe con ella las noticias que se escuchan en la tele y las letras que el vecino tararea mientras se baña.

A las once de la mañana, Lida salió a cumplir con sus tareas de promoción cultural.

—¿Y qué es lo que tú haces? —preguntó Pakita mientras Lida la zaran-deaba aquí y allá con su andar presuroso.

—¡Ya tú lo sabes! —le contestó ella—. Me dedico a salir ¡con los niños y a despertar en ellos el amor por la lectura y el arte.

Pakita sacudió sus alas y una pluma verde limón cayó liviana.

—¡Claro, claro! —contestó la lora—. Lo que pasa es que cada lunes en la mañana se te ve muy contenta y animada. Es como si cada lunes estrenaras tu labor...

—Pues... ¡ni te equivocas, Pakita!, ¡así es! Cada lunes realizo distintas actividades con los niños y cada lunes me siento renovada por la semana que inicia —contestó Lida—. Hace muchos años lo aprendí de mi abuela: hacer las cosas como si fuera siempre la primera vez.

Las damas siguieron su camino rumbo al parque y yo las acompañé con la mirada hasta que ya no las vi más. A eso de las dos de la tarde, Lida caminaba con sus aprendices por las graderías del cementerio. Hablaban sobre la vida y la muerte y sobre los niños inocentes que ya no estaban con ellos. Pakita tan solo escuchaba, ampliando las pupilas de sus ojos para no perder ningún detalle ni dejar caer ninguna pluma.

De repente, el firmamento se tornó gris y un remolino de viento arreció por el corredor donde Lida y los niños se encontraban. Lida se puso nerviosa, las circunstancias le indicaban que su plan de trabajo estaba peligrando.



Y sin saber cómo ni por qué... ¡oh sorpresa!, las alas de su chaqueta negra se convirtieron como en alas de avión y su ligero cuerpo parecía extendido sobre el aire. Lida empezó como a volar, sin razón alguna. Su amiga Pakita fue a dar a la esquina de una tumba y los niños salieron despavoridos y se escondieron detrás de un mausoleo.

Tan pronto el viento cesó, los niños se irguieron uno a uno, estupefactos. Era como si hubieran visto a una bruja en pleno vuelo.

—¡Fue un día terrible! —sollozó Lida, ya de noche, cuando regresó al barrio—. El plan con los niños era otro —me dijo.

Nos sentamos a hablar en el umbral de mi casa, diagonal a la suya. Pakita estaba muda, supongo que por el golpazo recibido. Y de un momento a otro, sin yo saber por qué, Lida empezó a reír estrepitosamente una y otra vez; no sabía de la medida. Entonces Pakita hizo lo mismo y yo, a pesar de mi asombro, caí en la tentación. Terminamos riéndonos de nosotras mismas.

Siendo ya viernes, Lida estuvo de visita con otros niños en el jardín botánico. Ese día Pakita lucía radiante, pues la noche anterior su amiga la había llevado con el peluquero.

Lida no había perdido su aire de extrañeza, que sobre todo se resaltaba en su andar, acompasado con los botines negros. Pero ese día decidió cambiar el color de su ropa, quiso unirse a la alegría de Pakita con su peinado nuevo. Uno de los niños mayorcitos se le quedó mirando y entonces le dijo:

—¡Uy, profe! ¡Tiene un vestido muy lindo! Ese color rosa le queda muy bien.

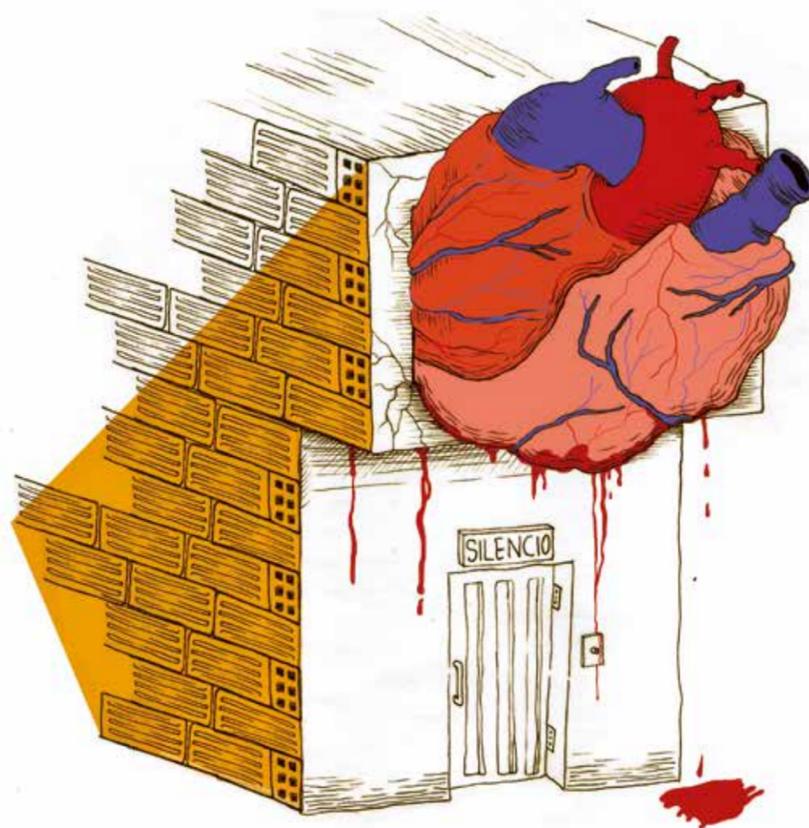
Lida agradeció el piropo y las pepas de sus ojos se movieron de arriba a abajo y de abajo a arriba en señal de emoción. Luego entonó la lectura de varios cuentos cuando de repente, sin saber de dónde, una mancha escurridiza cayó sobre su blusa rosa. Todos los niños rieron al darse cuenta de que Pakita había sobrevolado la cabeza de su amiga y que, en un afán involuntario, sus excrementos la habían alcanzado.

Mientras Lida se secaba, Pakita se posó sobre sus hombros, como en señal de excusa y ambas se unieron al jolgorio de los niños. Las dos amigas habían aprendido a disfrutar los disparates y sorpresas que la existencia pone. Desde esa ocasión, Lida combina los colores de su ropa y de su vida. Ha olvidado ya vestir de negro y vestir de rosa.

La bestia de la casa blanca

Por Kelly Johana Arias Rojas

Ilustración: Titania Mejía



Es viernes en la noche y llega una canasta de “Pilsenón”. Un hombre en pantaloneta, camiseta del Nacional y tenis sucios, entra a su casa y enciende el equipo de sonido a todo volumen para sintonizar un partido. Le ordena a María, su mujer, que le sirva la comida, y les grita a sus hijos, así porque sí. Come y sale a la calle, saluda a la gente y les echa unos malos piropos a las mujeres. A las que están en la tienda les dice que pidan lo que quieran que él paga. Canta, grita y salta porque juega el Nacional, pero si gana el otro equipo insultará a todo el que se le cruce en el camino. Ese es Jaime, un hombre de cincuenta años, albañil. El rostro arrugado y quemado por el sol; las manos agrietadas, ásperas y un cuerpo nada atlético.

Hace 36 años, María, una niña delgada, trigueña, de cabello largo y muy crespo, estaba afuera de su casa, al nororiente de la ciudad, mirando a unos niños que jugaban en la calle. Uno de ellos le tiró una piedra con una resorte, la piedra le pegó en el ojo. El mismo día el mismo niño pasó corriendo a su lado y le dio una cachetada. Así conoció a Jaime. Ella tenía miedo de hablarle porque temía que la rechazara, cuando lo veía empezaba a temblar y a sentir mariposas en el estómago. Un día él empezó a llevarle regalitos y a hacerle las tareas de la escuela, hasta que ella dejó de estudiar.

Jesús, el padre de María, no se daba cuenta de lo que pasaba con su hija. Él trabajaba todo el día y en las noches llegaba borracho a gritarles a sus hijos y a pegarle a Tulia, su esposa. Cuando María cumplió dieciocho años empezó a sentir mareos, se ponía pálida y vomitaba todo, también se le hinchó el abdomen. Decían que era el colon, nueve meses después nació Sara. Se fueron a vivir con Jaime a una piecita por allí cerca y cuando él se iba a trabajar las encerraba con candado.

María llevaba varios días pidiéndole a Jaime que no las encerrara, hasta que después de tanto rogarle, lo convenció. Recogió todas las cosas de Sara y las suyas, cargó la niña y se fue para la casa de sus papás. Por la noche, cuando Jaime volvió y no las vio, salió enfurecido hasta donde sus suegros.

—¡María! ¡María! ¡Salga y tráigame la niña ya! Nos vamos para la casa. Usted es mi mujer y yo la mando, ¿o es que le va a hacer caso a esos hijueputas?

Nadie le respondió. Jaime vio al hermanito menor de María, que tenía siete años, jugando en la calle.

—Camilo, venga, ¿quiere una paleta?

—Ah, no señor, es que yo ya me tengo que entrar.

—No, pero venga que no nos demoramos, deje de ser bobo.

Se iba haciendo más tarde y nadie sabía dónde estaba Camilo. Salieron a buscarlo pero no lo encontraron.

—Don Jesús, ¿quién se les perdió? —preguntó una vecina.

—Estamos buscando al niño que salió ahora temprano y no ha llegado.

—¿Sí? Pero ahora vi que él se fue con el marido de su hija María.

Jesús se fue para la casa de Jaime y le tocó la puerta.

—¿Qué hace aquí, don Jesús?, ¿ya se cansó de María y de Sara?

—¿Dónde está Camilo?, entréguemelo que yo sé que él se fue con usted.

—Sí, yo lo tengo, y si lo quiere me tiene que devolver a mi mujer y a mi hija, sino yo me quedo con él.

Cerró la puerta, desde adentro se escuchaba su risa. Jesús y Tulia fueron a la inspección de policía y lo denunciaron por secuestro. Los agentes llegaron a la casa de Jaime, tocaron la puerta un par de veces, como nadie les abrió tumbaron la puerta y rescataron el niño; como no encontraron a Jaime en la casa le pusieron una orden de restricción.

Días después, María iba por la 49 acompañada de Clara, una de sus hermanas, para una cita médica en la Intermedia, cuando apareció Jaime y la cogió del pelo. Clara, que sospechaba algo así, desenfundó un cuchillo que guardaba en un periódico y se lo puso en la espalda.

—Suéltela ya si no quiere que le entierre esto.

Como vivían en un barrio tan caliente, en esas llegó un combo de pelaos a ver qué pasaba.

—¿Este man las está jodiendo o qué? —preguntó, azaroso, uno de ellos.

—No está pasando nada, tranquilo pelao —respondió Jaime asustado, que aprovechó el paso de una patrulla de la policía y salió corriendo. No se le vio ni el polvo.

María siempre salía acompañada de una hermana o su madre, de repente empezó a salir sola y no le decía nada a nadie. Jaime había dejado la “cacería” así como así. Luego de unas cuantas salidas María le confesó a Clara que se estaba encontrando con él.

—Él me dice que volvamos porque la niña y yo somos su familia. Y yo a él le creo y le voy a decir que sí porque yo lo amo.

Les dijo a sus padres que lo perdonaran, que él no era malo, que solo estaba enojado porque no lo dejaban estar con ella teniendo todo el derecho. Les pidió que lo dejaran volver a entrar a la casa.

Aceptaron. Jaime llegó con todas sus cosas y se instaló en la casa, y como Jesús casi siempre estaba borracho lo dejó entrar sin más. Empezaron a vivir ahí, muy tranquilos, pero cuando Jesús y Tulia no estaban, Jaime intentaba tocar a las hermanas de María, menores que ella, y les decía que tranquilas, que todo quedaba en familia. Un día María y Jaime salieron juntos dizque a comprarle un triciclo a Sara, pero el triciclo llegó nueve meses después: otra niña.

Doña Tulia había hecho un préstamo para construir otra casa encima de la que con mucho esfuerzo su marido fue construyendo poco a poco. Ya había levantado las columnas e iba a empezar a vaciar la plancha. Un domingo en la noche salió con sus hijas para misa. Jesús se quedó bebiendo, acompañado de María y su marido, que le dio más aguardiente y cerveza y cuando lo vio bien borracho le dijo:

—Don Jesús, le propongo un negocio. Le pago a usted estos cien mil pesos por la casa que su mujer está construyendo, véndamela.

Jesús recibió la plata. Y cuando doña Tulia y las demás se enteraron y empezaron a hacerle el reclamo, Jaime, María y Jesús les dijeron que dejaran de ser envidiosas.

Terminaron de arreglar la casa y la pintaron de blanco, porque Jaime decía que ese era el color que lo identificaba. Se fueron a vivir en su nueva casa, Sara ya tenía cinco años. Él la sentaba en las piernas y le empezaba a tocar todo el cuerpo y después le besaba la boca. María siempre estaba allí presente.

—María, es que yo he notado cómo Jaime mira y toca a Sara, ¿usted no ha notado nada raro? —preguntó Clara.

—Deje de ser boba que eso es normal, los ricos lo hacen —respondió María.

Unos años después, cuando Sara tenía diez años, Clara escuchaba el mismo alegato cada ocho días cuando su sobrina se estaba bañando y llegaba el papá a golpearle la puerta muy fuerte.

—Sara ábrame la puerta que yo tengo que ver si se está bañando bien.

—No, yo sí me estoy bañando bien.

—Ábrime que vos no te sabes bañar sola.

—Mija, ábrale la puerta a su papá que él solo quiere ver que sí se esté bañando bien.

Así que ella le abría y él se metía al baño. Cuando Clara los enfrentaba, negaban todo. Sara siguió creciendo, tenía el cabello largo, la piel blanca y se le estaban formando algunas curvas. María tuvo un tercer hijo; un niño, Kevin.

Se fueron de viaje a Pereira. Se quedaron en una pequeña pensión. Jaime le dio plata a María para que se fuera a dar una vuelta con el niño. Regresaron antes de tiempo. Cuando abrieron la puerta de la pieza vieron a Sara llorando; estaba tirada en la cama, cubierta con una sábana, y a Jaime a su lado, medio desnudo. Kevin corrió a saludar a su hermanita, María lo atajó y le tapó los ojos con las manos, salieron de la pieza cerrando la puerta.

Sara ya tenía dieciséis años. Un día, aprovechó que Jaime después de emborracharse se quedó dormido, y se voló de la casa con un conductor de una buseta de Santa Cruz. Cuando Jaime se despertó y se dio cuenta de que se había ido, salió enloquecido a buscarla por todos los paraderos pero no la encontró. Iba bajando para la casa cuando los vio pasar en la buseta y por más que salió corriendo tras ella no los alcanzó. Sara volvió casi a las cuatro de la mañana, Jaime la cogió a golpes contra las paredes, la arrastró por toda la casa del pelo y le dio un fuerte puño en la boca, le reventó el labio. Ella se desmayó y estaba sangrando tanto que la tuvieron que llevar al hospital.

Meses después Jaime se fue a viajar, esta vez solo, y Sara aprovechó su ausencia para irse de paseo con algunos compañeros del colegio. Se cuidó de regresar antes que él, pero María se lo contó todo.

—Sara, ¿qué hizo mientras yo no estaba? —le preguntó Jaime al volver.

—Estudiar.

—¡Ah! Estudiar —dijo, y la cogió del pelo y le dio una cachetada—. Su mamá ya me contó que usted se fue a repartírsele un poco de días a sus amiguitos.

Era sábado en la tarde, la familia de María estaba en la casa descansando. Al oír los gritos subieron enseguida. Jaime, al verlos, se asustó y soltó a Sara, que, desesperada, empezó a acusarlo delante de todos.

—Él es el que siempre se me ha metido al baño y a la cama; él me toca y me besa desde que yo me acuerdo y mi mamá nunca ha hecho nada —dijo Sara llorando.

—Y yo estoy desesperada —estalló María—, no sé qué hacer. Jaime siempre me ha engañado con Sara.

—Yo nunca le quise hacer nada. Ella siempre me seduce y se me insinúa, y yo no la podía rechazar —respondió Jaime.

Todos quedaron asustados y esperaron a que Sara recogiera sus cosas. Se fue a vivir con ellos. Jaime iba todos los días y le hacía un escándalo; luego se emborrachaba y le pegaba a María hasta que se cansaba. Sintiendo que seguía siendo acosada, Sara se fue a la casa de otros familiares. Y hasta allá llegó Jaime, que en venganza le tiró un petardo.

Solo se rompieron todos los vidrios y quedó un boquete donde cayó el explosivo, pero nadie resultó herido. Sara lo demandó. Él pasó cuatro días en la cárcel, pero María y la familia de Jaime la obligaron a retirar la demanda. Sara tuvo que regresar donde sus abuelos. Mientras que Jaime volvió a su casa, feliz porque tenía a Sara cerca nuevamente y porque, de premio, María le dio otro hijo.

La cicatriz de la obsesión

Por Yésica Paola Negrete Vargas

Ilustración: Hernán Franco

En una calle de aparente armonía y tranquilidad se divisa a una anciana de ropas grises y falda larga, que permanece recostada en una mecedora narrándoles a algunos turistas uno de los peores asesinatos en la historia de la ciudad. Cuenta que hace cincuenta años en la casa de la esquina vivía un apuesto joven llamado Willy, quien con su musculoso cuerpo y voz gruesa alborotaba las hormonas de las jóvenes del barrio. Una de ellas era Lissy; al vivir al frente de tan deseado hombre fue fijándose más en él, sin darse cuenta de la obsesión que estaba naciendo.

El cuarto de la joven estaba lleno de fotografías de Willy, ella misma las había tomado en los distintos eventos que programaban en el barrio y que él no se perdía. En su ventana tenía unos binoculares con los que espiaba a su amado cuando se estaba desvistiendo y en la cabecera de su cama estaban extendidas algunas prendas interiores que robaba en las tardes colándose por un agujero del patio de su vecino. Las usaba en las noches para darse placer y hacerse una idea de cómo algún día no muy lejano él sería solo de ella.

La gente notaba que Lissy no había salido de su casa en días y empezaron a correr rumores: un embarazo, drogadicción y toda clase de cosas que tenían sentido pero ninguna era correcta. Y menos para una chica bien vista y de una personalidad adorable, de esas personas en las que se podía confiar y que siempre se reía de los comentarios y burlas sobre su sobrepeso.

Todo esto cambió una noche. Una lluvia repentina parecía el comienzo de un diluvio. Lissy guardó en un morral lo que creía necesario para dar comienzo a la noche de sus sueños y salió de su guarida en dirección a la casa de su amado. Tocó la puerta, Willy abrió y ella entró de inmediato con la excusa de que había olvidado las llaves de su casa, que sus papás no estaban y, por tanto, no podía quedarse afuera mojándose. Necesitaba un lugar dónde escamparse.

Tenía todo planeado. Aprovechándose de la distracción de su vecino, que muy confiado se fue para la cocina a buscar algo de tomar para ofrecerle, descargó su morral y fue tras él, dándole un golpe en el punto de presión de su cuello, dejándolo inconsciente por unos minutos, táctica que había aprendido viendo videos de autodefensa en internet.

Cuando el efecto del golpe pasó, Willy estaba atado a una silla, totalmente desnudo. En medio de su aturdimiento sintió que una lengua recorría su cuello, escuchó una respiración excitada y olió el putrefacto hedor de la boca de aquella mujer, que, para bajar de peso, vomitaba lo que comía y luego olvidaba lavarse los dientes. Se ubicó frente a él dejando ver sus senos colgantes y sus kilos de más.

La cara del hombre aparte de expresar miedo reflejaba asco y repulsión ante el intento Lissy por parecerse a una bailarina erótica satisfaciendo a su mejor cliente. Él no dudó en ofenderla diciéndole que parecía una morsa de

circo entreteniendo a un público difícil, preguntándole cómo era posible que los cerdos bailaran, escupiendo en sus pies y burlándose de los collares largos que colgaban en su cuello, le decía que eran como cadenas para animales salvajes. Esto despertó la furia de aquella mujer con delirios de modelo *playboy*.

—¿Conque asco, verdad? Pues perdón por no tener curvas alucinantes y senos firmes como los de las chicas a las que estás acostumbrado, pero verás, deberías considerarme porque no cualquier mujer va a desperdiciar sus noches solo pensando en ti, para que luego la desprecies. Pero está bien, lo arreglaré y así nadie volverá a sentirse menospreciado por ti, querido —exclamó la enojada joven y tomó la camisa de Willy con la que le tapó la boca para dar inicio a su desahogo.

Sacó de su morral un bisturí y un martillo, y empezó a golpear repetidamente la cabeza de Willy. La adrenalina recorría sus venas, aceleraba su ritmo cardíaco y sentía que no podía parar, las salpicaduras de sangre en su cuerpo desnudo eran como patadas a un hormiguero que provocaban en ella más descontrol.

Entonces pensó que nunca había recibido una caricia de su víctima y dejó caer el martillo. Tomó el bisturí y cortada tras cortada fue despellejando la piel de los brazos del cadáver hasta obtener una especie de guantes que luego utilizó para asimilar las caricias que nunca recibió. Se posó en la entrepierna del muerto mientras satisfacía sus más sádicos deseos sexuales.

En ese momento, concentrada por el placer que le producían sus guantes de piel no pudo escuchar el sonido de la puerta abriéndose, era la hermana de Willy que miraba estupefacta el sangriento y morboso escenario en el que yacía su hermano. Las paredes ahora estaban teñidas de rojo y la sangre formaba una red de caminos que terminaban en un charco.

La hermana de Willy, en un intento por atacar a Lissy, se lanzó contra ella con el bisturí pero solo pudo hacerle una cortada vertical en la pierna derecha. Lissy salió corriendo a la calle para llevarse la sorpresa de que enfrente, justo en su casa, estaba la policía buscándola porque según sus padres estaba desaparecida y una chica tan inocente y dulce en un mundo tan enfermo no podía estar sola en la calle a esas horas, y mucho menos sin sus pastillas antidepresivas.

Los gritos en la casa de Willy se hicieron escuchar alarmando a vecinos y policías, Lissy estaba desnuda y manchada de sangre, rodeada de policías, de curiosos y morbosos. La llevaron a la patrulla para ser atendida mientras la calle se llenaba de chismosos, periodistas y hasta vendedores de tinto que miraban como el cadáver era envuelto en telas blancas mientras la hermana de Willy lloraba desesperada y sin consuelo. En pocos minutos la casa en cuestión quedó rodeada de investigadores y cintas policiales; la escena era devastadora y confusa para los que recién llegaban de otras calles o se bajaban de los carros a recopilar información de lo sucedido.



Tuvieron que pasar muchos años para que la calle volviera a su calma, pero las cicatrices quedaron, la familia de Lissy tuvo que irse a otro país debido a los muchos comentarios y amenazas que recibían. La hermana de Willy no pudo recuperarse de tan horrible suceso, con el pasar de los meses hablaba sola diciendo que su hermano la escuchaba; en ocasiones la encontraban en un rincón de su habitación con los brazos cortados y las muñecas ensangrentadas gritando que quería irse con su hermano. Sus padres no tuvieron otra opción y la enviaron a un hospital mental quedando destrozados ante la pérdida de sus dos hijos.

Lissy fue condenada a 45 años de cárcel, aunque la familia de Willy pidió cadena perpetua; cuando cumplió su condena y tenía setenta años de edad fue liberada bajo libertad condicional. Se dijo que Lissy no volvió al barrio, otros decían que estaba muerta y algunos padres desesperados les decían a sus hijos que no se quedaran hasta tarde en la calle o les pasaría lo mismo que a Willy, convirtiéndose este suceso en un *metemiedos* como el del ropavejero o el del loco suelto, pero pocos sabían de verdad lo que había sido de la vida de Lissy.

En esas, la anciana les dice a los que la escuchan que luego del crimen la calle se convirtió en un lugar turístico donde es muy común encontrarse con escritores y personas fascinadas por la macabra historia de la casa, que la buscan a ella por ser la más vieja testigo de lo sucedido. Uno de los turistas le pregunta cómo es que sabe hasta los más mínimos detalles. La anciana da un profundo suspiro y se levanta su falda a la altura de la rodilla derecha dejando ver una cicatriz vertical que termina justo encima de su tobillo.

Los gomelos de la 48

Por **Marisol Rojas Ochoa**

Ilustración **ZATÉLITE**

Cementerio San Pedro, 30 de agosto de 1998. Entre el caos y el bullicio de los que daban un último adiós al muerto, los sepulcros metieron el ataúd en la bóveda. Luis, a sus veintidós años, se despedía de la vida, asesinado por unos encapuchados que le dispararon por la espalda. Lo peor apenas comenzaba.

‘El Mono’, hermano de Luis, era el joven que comandaba el nuevo combo en ascenso del barrio Villa del Socorro. El Mono era de carácter fuerte, hombre de pocas palabras. Ese día junto a su hermano Rafa, quien había abandonado ya la idea de ir a la universidad, decidieron hacerle frente a los combos vecinos, defender el territorio y vengar la muerte de su hermano.

Para financiarse, empezaron a extorsionar a las tiendas y graneros. El territorio de este nuevo combo se extendía desde la iglesia San Martín de Porres hasta el canecón, donde se unen tres carreteras formando una encrucijada. El Mono montó una plaza de vicio, la cual surtía a varios barrios de Medellín. El trabajo dejaba buenas ganancias, así que ampliaron su armamento, compraron changones, revólveres calibre 38, municiones, granadas y cuchillos.

La droga siempre se empacaba en una casa diferente. El Mono era muy organizado con sus negocios y por eso por casi un año estos funcionaron sin ningún contratiempo. En varias ocasiones las “viejas chismosas se ponían de sapos”, como decía él, y llamaban a los tombs para que allanaran las casas donde guardaban la droga. Un día atinaron a la casa indicada. Fue un golpe muy duro, se quedaron sin plante pero no cogieron a ninguno.

Los lunes subía el carro de Crem Helado, los pelados del combo encañonaron al conductor y al ayudante, les robaron la plata y la mercancía que iban a repartir. Esto les dio un empujoncito financiero. Ese día les repartieron helado a los vecinos, familiares y amigos, hasta las viejas chismosas les recibieron gustosas, aun sabiendo que era robado. Luego le tocó el turno a un carro de Flamingo que fue a entregarle una lavadora y una nevera a una señora que las había sacado por club. Los muchachos vieron la oportunidad y se robaron ambas cosas, la señora se sentó a llorar en la sala de su casa, desconsolada, a maldecir a los ladrones.

Aun sabiendo los peligros que corría, El Mono siguió empeñado en expandir su territorio. Estaba rodeado de otros combos por los cuatro puntos cardinales. El combo de Los Triana y los de La Rosa eran los más sofisticados en armamento, los enemigos más fuertes; el combo de La 103 no era gran cosa para El Mono así que no le preocupaban y, por último, estaban los de Los Puentes, a los que les ofreció una alianza.

En uno de esos primeros enfrentamientos cayó ‘Tavo’, un joven trabajador que tenía un negocio de helados. Los Triana lo mataron porque creían que pertenecía al combo del Mono. El Mono al ver esta muerte inocente tomó su arma y, en muletas porque días atrás le habían metido un tiro en el pie, se metió en la boca del lobo. Solo dos de sus enemigos le hicieron frente creyendo que lo superarían en número, pero él los mató vengando la muerte de Tavo.



Al sur debía disputarse con los de La 103, donde tenía tres primos que eran sus rivales. Un domingo a eso de las siete de la mañana la carrera 48 se convirtió en el viejo oeste. Ese día se enfrentaron ambos combos a lo que solo los separaban dos cuadras. Algunas personas que se atrevieron a mirar por la ventana vieron el pacto que hicieron los cabecillas: que ganara el mejor. Y tras el primer disparo salieron todos corriendo a esconderse en los postes, cunetas y muros. Hubo dos heridos, uno de cada combo.

Después fueron a enfrentarse con los de La Rosa, al occidente, los cuales eran más sofisticados porque tenían armas de largo y corto alcance con silenciador y los superaban en número. Una noche El Mono y ‘Tata’ bajaron y les hicieron unos disparos al aire, esa noche nadie los enfrentó.

En el barrio se sentía un ambiente de muerte y miedo. La gente no salía después de las ocho de la noche. Los conductores cambiaban las rutas para no ser víctimas de una balacera que podía armarse en cualquier momento. Las horas de clase en las escuelas eran interrumpidas por estruendosos traqueteos de disparos y por el estallido de los petardos, profesores y niños se escondían debajo de los pupitres. La iglesia se veía solitaria, pasaron de dar tres misas al día a una sola por la mañana. Los negocios cerraban entre seis y siete de la noche. Después de esa hora las calles quedaban a oscuras porque el alumbrado público había sido apagado a tiros.

A medida que declaraban una guerra se firmaba la desaparición de uno de ellos. Uno a uno fueron cayendo, tal vez por descuido o falta de protección o quizás porque la muerte los reclamaba. Los carritos, pelados que les servían de mandaderos como lo hizo José, fueron los primeros en caer.

José tenía dieciséis años y era adicto al sacol, en muchas ocasiones se le veía divagando por las calles con una botella llena de pegante. Sus tareas en el combo eran fáciles, transportaba armas de una calle a otra o acompañaba a otro parcerero a entregar la droga. Un miércoles, cuando iba para la ferretería a conseguir sacol, se encontró con sus verdugos que lo dejaron sin vida en una cuneta al lado de una escuela.

El siguiente en la lista fue ‘El Negro’, un joven de quince años con sonrisa de Tom Cruise; por ser tan lindo le llovían las novias. Había dejado el colegio y el único vicio que se le conocía era la marihuana. Un cuatro de noviembre a las siete de la noche se regó el rumor de que lo habían matado en Aranjuez.

Pocas veces se había visto al Mono tan triste y acongojado; esa noche se emborracharon. Al Negro lo velaron en su casa. Cuando iban para el cementerio, El Mono se descontroló, cogió el arma e hizo varios tiros al aire, mientras le bajaban lágrimas por el rostro. También cayeron a las pocas semanas Esteban y ‘El Pipi’, dos mellizos de dieciséis años que habían llegado al barrio con su familia desplazada por la violencia que azotaba a su pueblo de origen.

A pesar de la guerra que se vivía en esos barrios, los de la Acción Comunal hicieron una miniteca con el fin de juntar a los distintos combos y encontrar caminos de paz, les pidieron permiso a los líderes de los combos y ellos accedieron.

Charly y su novia, ‘La Mona’, quien también pertenecía al combo, decidieron asistir a la rumba. Estaban disfrutando la fiesta. Charly salió afuera a orinar y desde un segundo piso una señora lo regañó, Charly le pidió disculpas pero la señora le puso la queja a su hijo. Su hijo, indignado, fue a la fiesta y encaró a Charly, las cosas pasaron a los golpes así que La Mona decidió ir por Rafa y El Mono para que hicieran respetar a su primo.

Más tarde, El Mono, Charly, Rafa y La Mona treparon el muro y se metieron por la ventana del segundo piso. Estando adentro, El Mono encaró al joven y le pidió respeto, pero el muchacho sacó un arma, con tan mala suerte que el tiro dio en el muro; El Mono, que no fallaba, le dio muerte. La integración y la búsqueda de la paz fue un fracaso.

En la misma semana, ‘Gapo’ y ‘Kimer’ fueron dados de baja en Los Balsos, también eran hermanos. Su madre quedó sola añorando los nietos que siempre quiso tener. ‘Lio’, ‘Carola’, ‘El Chivo’ y ‘Trosky’ fueron acibillados en otra famosa reunión para pactar la paz con Los Triana que se citó en el tanque de agua del barrio; asistieron a la hora señalada pero se dieron cuenta de que era una emboscada cuando escucharon unos gritos: “¡Cayeron hijueputas!”. Apenas alcanzaron a oír los tiros mientras se desvanecían sobre el abrazo frío de la muerte.

Cada vez quedaban menos, todos estaban amenazados junto a sus familias. Día a día sumaban un enemigo más a la lista, no podían dormir y cuando salían a la calle se les veía sin esa seguridad que los caracterizaba.

‘El Gomelo’ era otro líder del combo, encaraba a sus enemigos y decía no tenerle miedo a la muerte. Un día lanzaron una granada a la casa donde vivía con su mamá; ella murió. Él juró vengarse. Quedó con una pierna herida; la policía lo encanó pues tenía orden de captura por atracos a mano armada, terrorismo, concierto para delinquir, entre otros cargos. Y tal vez gracias al canazo es que sigue vivo.

Un viernes a eso de las cinco de la tarde, Tata y Arredondo estaban sentados en la esquina cuando vieron dos motorizados que vaciaron la munición de sus armas sobre ellos. La pérdida de Tata tenía un significado especial para El Mono, eran amigos desde la infancia, muchachitos inseparables que se volaban juntos de la escuela para jugar fútbol y que decidieron al mismo tiempo abandonar los estudios.

El Mono recordaba cuando se tatuaron el 666 en el antebrazo, tatuaje que presumían con orgullo. Ambos tenían tendencia al lado oscuro y hasta un día fueron al cementerio, mataron un gato negro y bebieron su sangre mientras pedían muchos años de vida y plata para sostener al combo. El Mono se preguntó qué había salido mal si existía un pacto, hasta dejó de creer en el diablo.

El 6 de junio de 2001, El Mono estaba en la calle tocando una puerta que no le alcanzaron a abrir porque fueron más rápidos los disparos que lo dejaron tirado en la acera. Cuando su prima se asomó a ver quién era empezó a gritar y a pedir ayuda a los vecinos. Rafa, que tenía enyesado un pie por un enfrentamiento anterior, no sabía qué hacer. Ese día ningún taxi ni particular quiso parar, así que desocuparon un bus y lo llevaron a la intermedia de Santa Cruz, donde no pudieron hacer nada por él. También le falló el pacto con el lado oscuro.

Al entierro del Mono asistió mucha gente pero con miedo, su familia estaba destrozada, especialmente su mamá que siempre creía que sus hijos eran angelitos que no mataban ni una mosca. Rafa, el único sobreviviente de la familia que hacía parte del combo, en pleno cementerio pensaba en qué iba hacer para vencer esa guerra, en ese instante recordó que hacía unos años estaba en ese mismo cementerio viendo cómo los sepulcros metían el cuerpo de Luis, su otro hermano, a la bóveda, mientras él y El Mono juraban vengar su muerte. Decidió, entonces, renunciar al combo, y a lo que hasta entonces él creía que era la libertad. Rafa pasaría siete años pagando su condena.

VIDA

REJAS
DOLOR



INTELIGENCIA

DULCES
SENTIMIENTOS

PALABRAS
PARA

SERVICIO

MOSTRO

PODER

